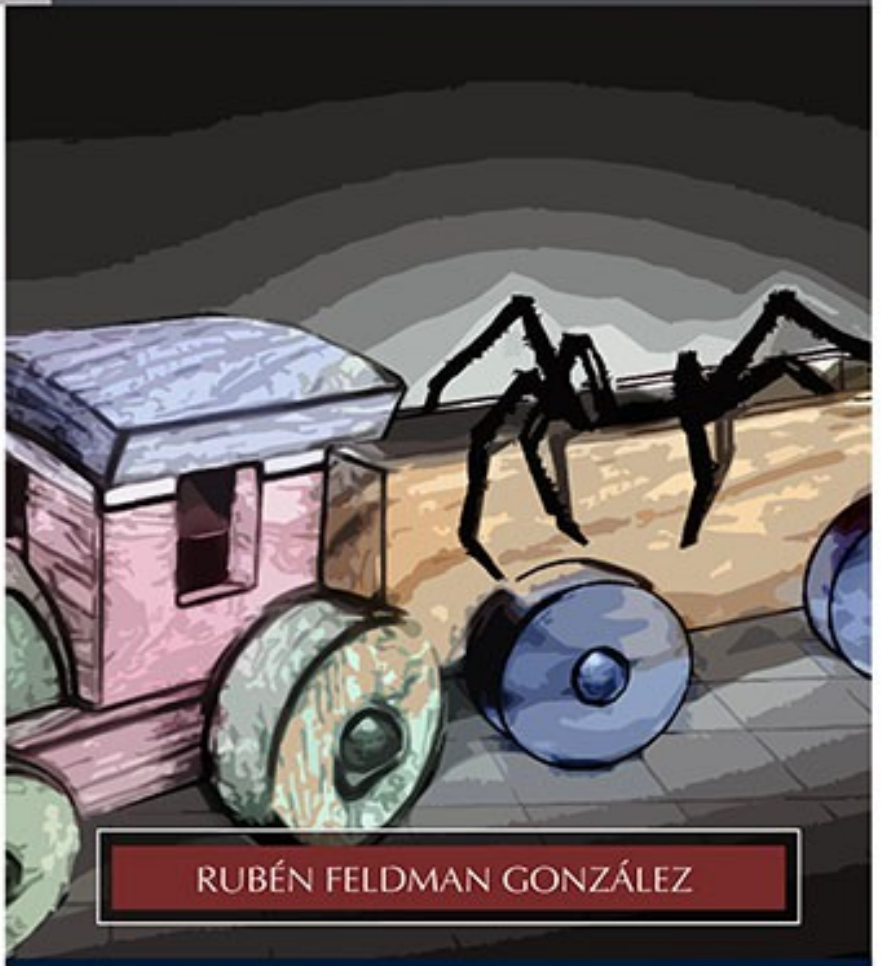
NOVELA

La Araña en los Juguetes



RUBÉN FELDMAN GONZÁLEZ

HOLOKINESIS
· LIBROS ·

LA ARAÑA EN LOS JUGUETES

Copyright © by Rubén Feldman-González
2014

HOLOKINESIS
• LIBROS •

ÍNDICE

*CAPÍTULOS

*Poemas

4 de julio....44
A mi padre....134
Bendito el alma....117
CARNE ASADA....113
Como el viento....128
CON EL TELÉFONO....110
CON MIS PADRES....131
Día de marzo....46
DIÁLOGO CON EL PSIQUIATRA....25
EL AUDIOCASETE....38
EL AMIGO ANTONIO....49
EL ENCUENTRO....101
EL GITANO DE FLORIDA....78
EMPEZANDO A COMPRENDER....135
En el idioma del silencio....117
Esto es el amor....41
I d e n t i d a d....35
LA CITA....69
LA OTRA REALIDAD....7
LA ÚLTIMA CONSULTA....91
M a ñ a n a....129
Medianoche de reyes....47
Mi epitafio....146
Núcleo del yo....36
P i s t i s....144
P R Ó L O G O....5
Para mis hijos....127
Pasado muerto....109

R e l i g a n d o.....118
REENCUENTRO CON LOS NIÑOS.....120
Septiembre 9.....43
Si no encuentro.....77
Silencio y calma.....129
Sobreviviendo.....17
T r a n s c u r s o.....144
Tarde gris.....68
Te recuerdo mujer.....108
Todo igual.....44
Uno de estos días.....43
Viviendo.....146

P R Ó L O G O

El autor intenta aclarar en este libro novelado, qué es la ESQUIZOFRENIA y la enorme tragedia que significa este flagelo hereditario de la humanidad.
La araña en los juguetes, paradojalmente delata de forma suavizada y descarnada, cómo el problema mental, específicamente la esquizofrenia, devasta la vida de quien la padece, pero también cómo toca la vida de quienes, junto al paciente mismo, participan de esta tragedia: (Padres, cónyuges, hijos, parientes y hasta el psiquiatra también). Es un libro educativo para que, quienes se enfrenten a esta tragedia familiar, no cometan los mismos errores que cometen todos en esta novela educativa.

Mauricio (un médico de niños) protagonista de esta novela, nos lleva de la mano a recorrer el dramático e inesperado momento y lo que le sigue, cuando descubre que Linda (su esposa) vive su primer episodio ezquizofrénico a escasos años de matrimonio y mientras procreaban a sus dos niños, Tomás y Juan.

Desde entonces, una serie de tragedias y descubrimientos se van desenvolviendo a lo largo de esta novela, en donde el autor delata los errores en que se incurre regularmente, errores que el autor nos invita a prevenir,

para que sobre todo los niños, no sufran más que lo necesario frente a este tipo de problema familiar.

Sin duda, esta es la historia de una tragedia producida por una de las enfermedades mentales más devastadoras, genética y hereditaria. Pero la araña en los juguetes es también, el prototipo de lo que se ha convertido y representa, el drama generalizado en nuestra sociedad mundial: Una conciencia colectiva egocéntrica y en franco desequilibrio mental, con sus nefastas consecuencias generadoras del dolor humano.

LA OTRA REALIDAD

Yo era uno más en la larga caravana de automóviles. Buscaba Biscayne Boulevard, ansioso por llegar a casa. Sin embargo no me sentía bien, acababa de dejar el hospital de Miami donde trabajaba como pediatra y volvía a sentir la misma sensación extraña; la incomodidad de tener que volver esa noche a cenar con los Medina.

Mi esposa adoraba a los Medina o más bien a Graciela; Anastasio Medina se había graduado en Córdoba (Argentina) y había volado a Estados Unidos para hacer una residencia de Anestesiología.

"Yo odio la anestesiología y el aislamiento en que vivo en las salas de cirugía, pero es una manera de hacer dinero con la medicina".

Me había dicho un día, entre café y café, y entre sudor y sudor, durante el caluroso atardecer de Miami.

Yo había decidido venir a Estados Unidos por diferentes motivos, no sé bien cuales, pero tenían que ver con mejorar en mi profesión. Eran motivos diferentes a los de Anastasio, con quien no podía mantener una conversación.

Comencé a planear alguna manera de salir del paso esa noche y eludir el pesado deber social al que Linda me sometía semanalmente cada viernes.

¿Y si la invitara a ir a las Bahamas? No, me diría que no había nadie con quien dejar a los niños. Habíamos escuchado varias historias de horror que iban desde el abuso sexual al asesinato perpetrados por "baby sitters" (niñeras) adolescentes.

Hice un alto para tomar un café en la cafetería de Fernando, un cubano que había dejado su país diez años atrás y que aún no había aprendido una sola palabra de inglés. El café de Fernando era una garantía contra la somnolencia que típicamente me producían las opíparas cenas de los Medina y las interminables charlas de Anastasio sobre cómo eludir los impuestos y sus viajes en su yate de pesca por Miami Beach.

Fernando irradiaba una calidez extraordinaria y honesta después de un intercambio de palabras de esas que no se recuerdan pero que dejan una sensación de alivio y tranquilidad. Me dejó solo en una mesa de mantel a cuadros rojos y blancos e inevitablemente me asaltó la nostalgia.

Empecé tímidamente por recordar los paseos con Linda en la costanera de Rosario. La Argentina con todos sus recuerdos, los adorables y los tenebrosos, regresaba

inexorablemente los viernes al atardecer y los domingos. La Argentina, su paz y su violencia, su amor y su odio, la lujosa educación que yo había recibido, aún como niño pobre y al mismo tiempo, a pesar de eso, la incapacidad de comprender qué clase de lugar era ese territorio a la vez generoso y brutal, bello, pero súbitamente terrible.

Claro, recordé a Troncoso. Arnulfo Troncoso era el amigo idealista cuyos argumentos habían naufragado en la piscina de mi exacta y compulsiva racionalidad. El bebía vino tinto, recitaba poesías gauchescas de protesta social y nadaba conmigo en las aguas del Paraná, al atardecer; "Nademos hacia el sol rojo" gritaba mientras tragaba el agua barrosa y sonreía con sus ojos achinados, imaginando su utopía social.

Quizá fue la desaparición de Troncoso que hiciera que yo decidiera irme del país. En realidad no lo sé.

Aquella tarde que golpeé la puerta de su casa y pregunté por él, después de haber pasado dos años en Bariloche, entre vagabundeando y practicando medicina, su madre se había abalanzado sobre mi pecho y me había dicho llorando: "¿Cómo? ¿Es que no sabes nada? Se lo llevaron unos tipos en un auto un sábado a la noche, hace un año, y no sabemos dónde está o si está vivo o muerto".

Nunca había podido comprender la actitud resignada de la madre de Arnulfo, el significado de su desaparición y el

hecho que yo hubiera pasado tanto tiempo sin saber nada de él.

Mire el reloj. Era muy tarde como para seguir haciendo esperar a Linda. Empiné ritualmente la tacita ya vacía de café, saludé a Fernando, quien dijo que yo tenía 'cara de viernes' y volví a salir para casa.

Las calles estaban más transitables, aunque a veces se detenía el tráfico y entonces la piel resonaba con la humedad y el calor del atardecer. Sentía más el calor del motor y regresaba ese malestar sin nombre y sin intensidad. Vi que los Medina no tenían nada que ver con ese malestar.

Quizá me perturbaba la cara de niña traviesa de Graciela y los pensamientos que se me cruzaban cuando me hablaba suavemente y que me hacían dudar sobre mi mentado cristianismo, sobre San Pablo, sobre la amistad y sobre el matrimonio.

O quizá mi malestar se llamaba 'Linda'. Linda era mi esposa y yo estaba profundamente enamorado de ella. Pero sus más frecuentes silencios de ceño fruncido, sin objeto y sin motivo aparente, que surgían súbitamente y que parecían eternos, comenzaron a contarme una historia.

¿Qué significaban mis distraídas meditaciones mientras la enfermera jefe me hablaba del presupuesto de la sala de terapia intensiva para niños? ¿Tenían que ver con los cada vez más frecuentes rechazos de Linda en la cama?

Yo le decía que una buena pareja de jóvenes como nosotros necesita un contacto sexual diario. Linda me repetía algún versículo del Apocalipsis de San Juan, me pedía que me preguntara a mí mismo si no me estaba degenerando y que comprendiera que el amor apasionado no era equivalente a un mero acto genital.

Yo sabía que algo había comenzado a andar mal después del quinto año de nuestro matrimonio, pero no podía entender qué.

Me sorprendí de estar llegando al parque de estacionamiento de mi departamento; sin salir del automóvil me quede mirando a los niños que jugaban en la piscina mientras sudaba profusa y sofocadamente la humedad de Miami, mirando sin ver, juntando fuerzas para subir a mi casa.

Cuando salí del auto me asaltaron mis hijos Juan y Tomás; Juan cinco años y Tomás cuatro. Juan, húmedo de la piscina me dijo que no fuera para casa todavía, que esperara a que 'mamita' (Linda) se le pasara 'el enojo'. Tomás confirmó que Linda estaba 'tan enojada que ni siquiera hablaba'.

Yo me reí de esos dos chiquitines asustados y les pregunté: "¿Por qué está mamita tan enojada? Confiesen qué hicieron hoy de nuevo".

Sin hablar nos metimos los tres en el ascensor. Tomás quiso apretar el botón del quinto piso, yo les dije que si ellos no me contaban los hechos, mamita lo haría de todos modos.

Juan dijo: "Mamita está enojada con los señores que arreglan el agua, no con nosotros". Hice memoria, "los señores que arreglaban el agua" eran los obreros de una compañía que estaba cavando en el asfalto de nuestra calle para renovar el sistema de cañerías.

Cuando entré al departamento grité: "Hola Linda" y mientras me desvestía en el living mismo para darme una ducha, volví a gritar, sin obtener respuesta a mi saludo: "¿Tenemos vino para llevar a la casa de los Medina?"

Fui a buscar agua a la nevera. Al abrirla, me encontré con una fantástica sorpresa; estaba vacía.

Recordé que sólo un par de días atrás habíamos hecho la semanal visita al supermercado. La nevera debía estar casi llena de cosas para comer y beber.

Con una sensación de entre vacío y náusea me fui al dormitorio buscando a Linda, los niños estaban en su habitación más silenciosos que de costumbre.

Linda estaba sentada a oscuras en el suelo en el rincón de nuestra habitación más lejano a la puerta, tenía el cuerpo rígido y cuando me miró parecía que yo fuera de vidrio y que ella estuviera mirando la pared detrás mío a través del cuerpo.

"¿Te sentís mal?" -Le pregunté mientras me ponía en cuclillas junto a ella.

Ignoró mi pregunta. Siguió un silencio tan tenso que pude percibir una gota de sudor cosquilleando por la parte interna de mi brazo izquierdo. Por un instante muy fugaz sentí ganas de ponerme a llorar, pero la sensación de náusea se sobrepuso al llanto.

Volví a preguntarle: "¿Lindita qué te pasa? ¡Por favor decíme!".

Larga pausa... su cuerpo continuaba inmóvil y rígido.

De pronto, como si se rompiera un vaso dijo: "Ha llegado la hora de la verdad".

Sentí que toda la piel se me enfriaba de pronto. El tono de su voz me parecía no solamente extraño, sino también

tenebroso. Antes que yo pudiera decir nada y aunque había pasado casi un minuto de silencio, escuché sus palabras como torrente:

"Ellos lo han logrado, pero no cuentan con mi fortaleza. Han terminado por envenenar el agua y el pan y han metido un perro negro en casa del vecino. Yo lo presentía, pero hoy, cuando el perro me ladró, lo supe definitivamente. El perro está amaestrado para alimentarse de los pocos seres humanos que se ponen en su camino, en el camino de esos criminales. Tenemos que ir inmediatamente a la policía".

Me miraba con los ojos abiertos de ansiedad y con la boca temblorosa a punto de llorar. Yo quede paralizado, pensando primero que todo era una broma de Linda.

"Cachito" -me dijo casi sollozando- "Tenemos que denunciarlos y no se te ocurra tomar una sola gota de agua. Tampoco coman nada que no te de la policía misma en tu propia mano".

La tomé de las manos, que estaban frías, húmedas y rígidas. Pude ver en las palmas de sus manos las marcas de sus propias uñas.

"Lindita, debes estar cansada, yo te aseguro que nadie quiere envenenar nuestra comida ni nuestra agua. Además el perro del vecino..."

"Ha llegado la hora de la verdad" –me interrumpió gritando estridentemente con un chillido gatuno-

Me puse de pie mientras notaba una sensación intensa de cansancio en mis piernas. Sin embargo, salí corriendo a buscar un vaso de agua. Al regresar le dije: "Mira cómo tomo el agua y no me pasa absolutamente nada. Mira". Me bebí el vaso con agua de un tirón y la mire ansiosamente. Sus ojos se agrandaron más y sonrió con una mueca dura. Sin dejar de sonreír, espásticamente me dijo con un tono monótono que me heló la sangre en las venas:

"Cachito queridito, te has vuelto tan astuto que te has pasado al lado de ellos". "Te aseguro que si me pones un dedo encima te arranco la cabeza de los hombros. No te servirá tu astucia esta vez, ¿por qué? porque simplemente soy la mujer de Dios y estoy protegida".

Diciendo eso y sin dejar de sonreír, comenzó a levantarse del suelo con movimientos felinos pero rígidos.

"Voy a la cocina y vuelvo" -dijo antes de salir corriendo.-
Yo no podía moverme. Mi cuerpo parecía de alambre frío. Simplemente la escuche correr con sus pies descalzos hasta la puerta del departamento. La abrió y salió.

Me di cuenta con espanto, que existen varias realidades en la realidad. Cuando pude recuperarme me dirigí yo

mismo hacia la puerta de entrada que ella había dejado abierta. De pronto escuché gritos en la calle cinco pisos más abajo. Cerré la puerta y corrí al pequeño balcón. Linda, en el medio de la calle, intentaba detener los automóviles mientras corría de un lado a otro gritando: "necesito protección" "Policía, necesito protección, quieren envenenarme" "Necesito protección".

Sentí a Tomás que me tironeaba la camisa y me preguntaba: "¿Papito, por qué grita mamita?".

"No sé" - le dije- "Andá a buscar a tu hermano".

Mientras escuchaba los gritos en la calle, aferrado al hierro del balcón, casi como sosteniéndome, me sorprendí mirando al cielo y murmurando "¿Dios mío… qué es esto?"

Juan volvió con Tomás muy excitado, diciéndome que había encontrado toda la comida de la nevera en el basurero de la cocina.

SOBREVIVIENDO

Puedo recordar ese día como si fuera el de hoy. Recuerdo hasta la marca de dentífrico que usé aquella mañana. Y así, cada detalle del día hasta que llegó la policía a mi casa.

Sé que actué apropiadamente, que respondí con aparente serenidad; primero todas las preguntas de la policía y luego las del psiquiatra que hablaba español, pero no puedo recordar los detalles de esas conversaciones.

Linda quiso hablar por teléfono con su familia de Rosario, Argentina y lo hizo a pesar de mi desaprobación, refugiada en la súbitamente manipulada alianza con uno de los agentes de policía.

Yo sabía que el padre de Linda era un paciente cardíaco y que era necesario que ella recuperara cierto equilibrio antes de hablar. Lo hizo de todos modos, gritando palabras confusas, agitadas, incoherentes, desesperadas, pidiendo protección.

Nunca volveré a escuchar la palabra 'protección' sin darle el tenebroso y absurdo significado que había adquirido con los gritos psicóticos de Linda, en medio del tráfico de una ciudad húmeda y extraña.

Don Francisco, un siciliano que dormía bajo una foto de Mussolini colgada sobre la pared detrás de la cama y que me clasificaba como 'un intelectual' digno de desprecio, indigno de su hija, con quien luchó hasta su primer infarto cardíaco para que no se casara conmigo, me dijo aquel día en el teléfono:

"*Hico* de puta, cuervo de carroña, por fin mostraste tus garras. A mí nunca me engañaste, siempre supe lo que eras. Si no me mandás a mi *hica* en tres días voy y te mato".

Colgó sin dejarme decir nada. Murió dos o tres días después de un ataque cardíaco, unos cuantos días antes que Linda decidiera regresar a la Argentina con los niños.

Antes de esa muerte, Linda fue admitida en un hospital psiquiátrico de lujo y luego también diagnosticada, pero jamás tratada con los necesarios medicamentos anti psicóticos, ya que ella siempre se rehusó a verse como enferma. En los Estados Unidos, un paciente puede rehusar medicación, si así lo desea.

Linda en aquellos días no dejó de verme como su enemigo, como miembro de una conspiración de médicos que formaban parte de un sistema diabólico, dispuesto a eliminarla, envenenando secretamente las cañerías de agua potable de la ciudad de Miami. Esto parece cómico

ahora que lo escribo, pero en ningún momento me hizo reír por aquellos días.

Pronto solicitó la separación legal para confirmar en los hechos la separación espiritual y física. En los meses que siguieron cambió mucho la calidad de mi existencia. Creo que puedo hacer simplemente la diferencia diciendo que pase de 'existir' a meramente 'sobrevivir'.

Cuando salía del hospital me resultaba imposible volver a casa y me quedaba en el café de Fernando, sumido en una quietud sombría, hasta que Fernando buscaba aún una manera de ser amable, antes de cerrar su negocio. Me decía: "Chico, es hora de que te vayas".

Hacía mucho que Fernando había dejado de intentar hablar conmigo. Fuera lo que fuera lo que me dijera, hacía violenta colisión con mi silencio apático, o con una frase que yo había aprendido a usar como slogan o como muralla en aquellos tiempos: "no quiero hablar".

Medio tembloroso de tanto tomar café cubano, tomaba el automóvil y me iba hasta Fort Lauerdale ida y vuelta, o hasta Key Biscayne, ambos viajes en sentidos opuestos duraban una hora más o menos. Otras veces hice viajes de ida y vuelta entre Fort Lauerdale y Key Biscayne por la autopista, ignorando la salida de la calle 78 que me llevaba a mi departamento vacío.

Tenía mucho en qué pensar. Tenía que ver por qué a veces me reía y otras veces lloraba cuando pensaba en la misma bendita cosa.

Tenía qué ver cuál iba a ser mi camino, no sólo para llegar a casa, sino para no hacer lo que tantos hubieran hecho en mi lugar: beber hasta la idiotez o la enfermedad, fornicar hasta quedar crónicamente apático, comer hasta separarse con una capa insensible de grasa del resto del mundo, escuchar música o mirar televisión para tapar el propio estruendo interior, aferrarse a los amigos, como si ellos pudieran impedir que uno se transformara en un cangrejo o algo parecido.

A veces meditaba en la dosis de fenobarbital, que era incompatible con la supervivencia. Claro, al final había que volver a casa. Sentarse en el living (sala) a obscuras a escuchar los ruidos de Biscayne Boulevard y los del propio cerebro. Planear una estrategia para vivir a solas nuevamente sin volverse loco como yo creía que se volvían los que estaban muchos tiempos solos.

Pasaron muchas semanas antes que pudiera volver a trabajar al mismo nivel de calidad que yo exigía de mi profesión. Creo que fue después de escribir en el espejo del baño con un lápiz labial que había olvidado Linda, la siguiente frase: "Para volver a existir alguna vez, es necesario sobrevivir ahora sano y dignamente".

Me repetía esa frase en el automóvil cuando iba al hospital y también cuando regresaba. Claro, lo que yo quería era entender. Lo que yo quería eran respuestas:
¿Por qué nadie me escribía? Ni siquiera mis padres.

Un día junté fuerzas para pedirle a un viejo amigo de Santa Fe que se llegara hasta el domicilio de mi finado suegro, donde Linda vivía con los chicos y me diera sus noticias. Le aclaré que no podía volver a Rosario ya que entre los abogados argentinos y estadounidenses y las cuentas del hospital privado (que incluían los medicamentos que Linda no había consumido), había tenido que pedir préstamos que apenas si me dejaban dinero para pagar el alquiler, la gasolina y los cheques que enviaba a mis hijos.

Mi viejo amigo me contestó con una docena de huevos:
"Tu lugar está en tu país y junto a tu sagrada familia.
Abelardo".

En primer lugar -pensé- yo siempre le había llamado Abe y tuve que hacer un esfuerzo para recordar quién era Abelardo cuando termine de leer su así llamada 'carta'. Me cruzaron las imágenes de Abelardo: Nos conocimos en la escuela primaria de la ciudad de Santa Fe, Argentina, el primer día de clase del primer grado. Yo tenía seis años, él siete. Yo me había apoyado contra una inmensa pared de la escuela esperando que algo

ocurriera, posiblemente el fin del mundo o el comienzo de las clases.

Abelardo vino y me dijo: "Yo a vos te cargo y te puedo". Dibujó una línea en el suelo con tiza, justo frente a mis zapatos. Me dijo: "Si cruzás esa línea te saco la cabeza". Yo arrojé el voluminoso portafolio con el que me había provisto mi madre, cruce la línea y presenté guardia de boxeador. Yo creo que lo hice porque pensé que era mejor morir peleando allí mismo, antes que tratar de predecir qué iba a ocurrir en clase pocos minutos después.

Abelardo se rió, me dijo que yo era valiente y que íbamos a ser buenos amigos. Nos sentamos juntos en los seis años siguientes de escolaridad y volvimos locas a las maestras hablando en Morse, golpeando el banco con el lápiz. El culpable del Morse era el abuelo de Abelardo, un jubilado del ferrocarril.

Con Abelardo descubrí la Biblioteca Sarmiento, un lugar a donde pasaban títeres para atraer a los niños hacia la lectura (conmigo, por cierto, tuvieron éxito).

La playa de Guadalupe donde jugábamos 'futbol a las cabezas' los dos solos unas ocho o diez horas todos los domingos bajo el sol, los matinés salvajes del cine Doré, en la década de los cincuentas, cuando cobraban ochenta centavos por tres películas de Tarzán. En el cine Doré,

cuando aun no existían las 'colas' había que sacar la entrada a riesgo de la propia existencia. Luego uno cambiaba revistas usadas y se sentaba lo más arriba posible, para poder tirar bolitas del árbol del paraíso, cuando comenzaba la función, hacia el haz de proyección de la película para que las bolitas aparecieran inmensamente en la pantalla. Lo malo era cuando se quejaban los que se sentaban en la platea. O posiblemente el real objetivo y significado de todo.

Las caminatas especiales eran las del misterioso parque Garay, entonces abandonado y selvático, o las del cementerio para demostrar valor. También habíamos descubierto juntos una tarde de sábado de verano, caminando al azar, como siempre, los ranchos de las prostitutas de las vías del sur. "Cinco pesos pibe"
Pero allí ya no quise recordar más, volvía la náusea y el malestar.

Sin embargo, todavía quedaba la semi-sonrisa de los recuerdos enfrentando esa 'docena de huevos' inútiles que se habían podrido en el viaje desde Santa Fe a Miami: la carta telegráfica de Abelardo. Pensé: "son los restos del Morse" pero no le encontré el humor.

Ese atardecer caminé muchísimo, quizá dos o tres horas.
Cuando me vi planeando el regreso a la Argentina, la compra de un revolver y la estrategia para el asesinato de Linda, decidí ver un psiquiatra.

Por supuesto terminé yendo a ver al único que conocía; el Dr. Carlos Gutiérrez, el Nicaragüense que había internado y diagnosticado a Linda.

DIÁLOGO CON EL PSIQUIATRA

Le dije a la secretaria que tenía una cita con el Dr. Carlos Gutiérrez.

"¿Quién es usted?" -me preguntó-

"El Dr. Mauricio Azcárraga, soy el esposo de una paciente del Dr. Gutiérrez".

"Tome asiento" -Me dijo mientras escribía algo y pasaba la otra mano sobre un teléfono.

No tuve tiempo de corregirme y decirle que ya no era el esposo de Linda, pero en realidad ni a ella ni a nadie le importaba si yo lo continuaba creyendo.

Unos días antes, al despertar, había murmurado "Buen día Linda". Hacía dieciocho meses que Linda se había ido para no regresar. Decidí que con esa anécdota comenzaría mi diálogo con el Dr. Gutiérrez.

Se abrió la puerta del consultorio y salió apenas la cabeza del psiquiatra que murmuró solamente "doctor".

Tomé el grabador y los cuatro audiocasetes que había llevado conmigo y me introduje en su consultorio. Pronto

me pidió que lo llamara Carlos y no tuvo objeciones para que yo grabara mi conversación con él.

Hace dos años que ocurrió esa visita y volviendo a escuchar esos audiocasetes rescaté lo que de otra manera (y ahora lo veo claramente) hubiera sido olvidado o distorsionado junto con todas las cosas de la existencia que he considerado 'amenazantes'.

Volviendo a escucharlos varias veces, me he sonreído al descubrir que jamás le dije que frecuentemente, sobre todo al despertar, me había comportado como si Linda nunca se hubiera ido.

En ese proceso de escuchar repetidamente los casetes vi que el sutil desprecio que sentí originalmente por el Dr. Carlos Gutiérrez era nada más que una manera de ocultar el miedo visceral a su mentado conocimiento de lo más misterioso del mundo: la mente humana.

Gutiérrez veía en mí al colega y al paciente. La inevitable ambivalencia que surgía de esa doble imagen que él tenía de mí, terminó cuando yo le rogué que me viera simplemente como un ser humano en dificultades a quien era mejor comprender que 'rotular', con quien había que establecer un contacto serio y funcional, más que 'curarlo' o 'modularlo' o 'apoyarlo'.

Creo que de entrada nomás, condensé mi desprecio y mi miedo, mi percepción de su ambivalencia y mi ansiedad por encontrarle un significado a mi visita cuando le dije:

"Carlos, no vengo a buscar apoyo ni consuelo, no vengo a madurar ni a que usted me cure. Vengo a ver con usted simplemente que está pasando. Me parece a veces, que no entiendo lo que está pasando".

Carlos dijo: "Hace casi dos años que interné a Linda. Se supone que usted debería haber completado el proceso de la pena natural frente a tanta tragedia y tanta pérdida. Antes de venir me contó usted por teléfono los hechos esenciales: que ella se fue con los niños, con la promesa de regresar en quince días, que no sólo no ha regresado sino que ha solicitado el divorcio, que no ha establecido contacto con usted, que usted sabe de sus niños sólo por vía indirecta y que la familia dice no ver nada extraño en Linda y por lo tanto ha tomado partido por ella, condenándolo a usted como un monstruo y aun ignorando su existencia".

"Lo pone usted muy bien simétricamente, Carlos. El problema es que a mis serios problemas financieros -ya que sigo pagando las deudas de los abogados en Miami y Argentina- se ha sumado ahora mi deseo de comprar un revolver, gastar todo lo que tengo en un pasaje, matar a Linda y luego sentarme a esperar la policía. Lo que más me aterra es que no siento rabia, ni pasión, sino que lo

estoy pensando con delicada y minuciosa calma y un sutil bienestar, que de otra manera no encuentro desde hace mucho tiempo". -Le dije-

"Desde hace dos años". -Dijo Carlos-

"Posiblemente". Le dije, mientras contemplaba los detalles de la lujosa oficina con profunda repugnancia. Creo que lo que menos podía soportar era que Carlos sonara tan claro, tan preciso, tan ordenado, tan confiado en sí mismo. Si era un profesional que estaba en contacto diario con la incertidumbre y la tragedia del ser humano, no tenía derecho a aparentar tanta confianza.

Le dije, dispuesto como estaba a entregar todo lo que era y decididamente esperanzado en cambiar por completo 'para bien':

"Carlos, no puedo soportar su oficina ni su aparente claridad, precisión y orden, me suena arrogante".

No rió, como yo esperaba, sino que continuó mirándome con esa cara inmóvil y remotamente compasiva. Después de una pausa, que llegó para mí, a los límites de lo intolerable, me preguntó:

"¿Quizá usted siempre haya sentido una poderosa atracción por personas poco claras, poco precisas, poco ordenadas, más simples que complicadas y más inseguras

que confiadas y más pobres que ricas? ¿Quizá en parte por eso eligió a Linda por esposa?"

El silencio que siguió fue más espontáneo y tolerable. Lo usé para analizar todo lo que Carlos estaba implicando. ¿Había estado yo necesitando la ilusión de imponer el orden en el caos de mi relación con Linda? ¿Había sido ese matrimonio sólo el producto de mi ilusión de lo que debía ser una relación entre un hombre 'poderoso' y una mujer 'frágil'?

"Carlos" –lo increpé- "no me deje pensar; de eso ya he hecho bastante. Dígame qué ha ocurrido, qué significa el diagnóstico, qué debo hacer de aquí en adelante. No sé si es cierto, pero creo que es por eso que estoy aquí".

"Mauricio, usted no quiere que yo lo rotule. ¿Quiere acaso que rotule a su ex -esposa para sentirse más tranquilo?"

"Carlos, simplemente quiero saber qué ha pasado, entenderlo de una buena vez".

"Su ex-esposa estaba pasando, cuando yo la atendí, por un episodio psicótico. En aquel entonces usted nos refirió la existencia, tres años atrás, de un episodio muy similar que usted había esencialmente ignorado a pesar que el Dr. Reinler le había dicho a usted que Linda puede ser esquizofrenica".

"No quise aceptar tan terrible realidad. Me costaba mucho, quería creer más en un error diagnóstico del Dr. Reinler".

"Bien Mauricio, vea usted cómo usted no había hecho nada diferente a lo que la familia de Linda ha estado haciendo en los últimos dos años. Lo malo es que no sólo es difícil aceptar esta tan diferente realidad de Linda, sino que es también una realidad difícil de entender, difícil de rotular y difícil de tratar. No digo curar porque hasta ahora es incurable.

La esquizofrenia no es una enfermedad, sino muy posiblemente un grupo de enfermedades cuyas implicaciones genéticas y bioquímicas son todavía inaccesibles al análisis y al conocimiento médico.

No sabemos si se necesita una determinada constitución fisiológica del individuo, que lo hace más susceptible a los cambios o deficiencias climáticas, alimentarias, a los conflictos familiares, la fatiga, las infecciones y aún las intoxicaciones voluntarias o accidentales.

Creemos que se trata de una deficiencia de sustancias a nivel cerebral, de origen hereditario, tal cual ocurre en la diabetes, por hacer una comparación, que vuelve al sujeto más propenso a los episodios psicóticos recurrentes con o sin los estreses que acabo de mencionar.

Después de cada episodio psicótico ocurren cambios de personalidad que nos hacen creer que estamos tratando con una persona diferente. Esto a su vez repercute en aquellos que están en contacto con el enfermo, y en el enfermo mismo de una manera muy traumática.

Los familiares se defienden, primero, condenando al enfermo; segundo, odiando al psiquiatra que hace el diagnóstico y buscando nuevos psiquiatras, hasta que encuentran el psiquiatra que ve al enfermo en un momento no psicótico y que, ignorando la historia, satisface a la familia diciendo que ha sido 'solo un mal momento'; tercero, buscando un chivo emisario que cargue con las consabidas 'culpas', si el enfermo tiene un cónyuge, el chivo emisario será ese cónyuge, si el enfermo es soltero, el chivo emisario serán los padres.
También cuarto: aislándose en el propio dolor, culpas y vergüenza y aun quinto: abandonando al enfermo a su propia suerte.

Son pocos los familiares y cónyuges que enfrentan la dolorosa realidad sensata y valientemente, buscando el tratamiento que debe durar toda la vida, aún venciendo la feroz resistencia del propio enfermo a recibir ese tratamiento equilibrante.

"Yo recuerdo, Carlos, que durante mi rotación en la sala de psiquiatría, como estudiante de medicina, se hablaba de cierta personalidad de la madre, como una causa

importante de la esquizofrenia. Madres frías, inadecuadas, que a veces dominaban el hogar haciendo a la vez de madre y padre. Además estas madres usarían el doble mensaje, que es una forma de comunicación con el niño (el futuro enfermo) en la cual se lo condena si hace algo y se lo condena también si no lo hace. Son esas madres que les dirán a sus niños 'vete a jugar, nomás que yo me quedaré esperándote aquí, sola como una perra'. El doble mensaje es: 'vete a jugar pero no lo hagas porque estoy sola'. Estás condenado si vas a jugar y si no, también, porque pierdes el juego".

"Las madres ansiosas Mauricio, las madres rabiosas e indiferentes e inadecuadas, así como los padres con esas características, no ayudan a un crecimiento muy normal y muy feliz de sus niños, pero tampoco causan la esquizofrenia. Si así fuera, la esquizofrenia sería mucho más frecuente. Lo que más me ha asombrado de mi práctica psiquiátrica es ver lo frecuente que es la relación entre padres e hijos, distorsionada por el odio, el abuso físico, el descuido, la ansiedad y los miedos diversos. Los niños se defienden de todo esto con variados trastornos de la personalidad, como los que tenemos todos los seres humanos, pero no necesariamente con la esquizofrenia. Sólo un ser humano de cada cien es esquizofrénico. La edad media de la primera admisión hospitalaria en los esquizofrénicos (por un episodio psicótico) es la de 33 años. ¿Linda tenía 29 años, no es así?

La enfermedad comienza a manifestarse generalmente entre los quince y los treinta años". -Terminó diciendo- Pero menos frecuentemente puede iniciarse más tarde, aún en los cuarenta.

"No puedo evitar a veces ser asaltado por sentimientos de culpa. Vivimos muy bien en Argentina cuando yo era cirujano rural, yo tenía el respeto directo de esa gente tan hermosa y tan simple que me colmaba de regalos (quesos recién hechos, cerdos, gallinas, mermeladas y pastelería casera, etc.) además de pagar mis honorarios médicos. La peluquera venía a casa semanalmente para atender a Linda y a mí.

Recuerdo que mientras me cortaba el pelo yo hablaba por teléfono con el restaurant local para que me enviara la comida lista con el pan caliente que se come en Argentina, un pan que huele todavía a trigo soleado y tierra mojada por la lluvia.

Cuando empecé a decir que me gustaría comenzar mi entrenamiento en pediatría en los Estados Unidos, Linda me estimuló mucho. Sin embargo, ahora lo veo, fue muy difícil, no sólo dejar lo que teníamos, así como el traslado, sino también pasar una serie interminable de exámenes para practicar medicina en los Estados Unidos, posiblemente mi necesario aislamiento parcial para preparar esos exámenes y mi propio proceso de ajuste a

una cultura tan diferente, precipitaron el 'ataque de Linda'".

"No, Mauricio, no es tan simple. Ya le he dicho que Linda estaba condenada a tener ese 'ataque' como usted le llama, mientras estaba todavía en el útero. Es cierto que se pusieron ustedes en condiciones de esfuerzo y estrés, pero... le pregunto: ¿cuántas esposas de médicos emigran con sus maridos al extranjero, sufren lo indecible, comparten la nostalgia, pierden familiares y amigos, soportan privaciones financieras y afectivas dentro del matrimonio, así como las alternativas de una profesión difícil; y nunca se vuelven esquizofrénicas? Yo mismo le contesto: Son la inmensa mayoría. La inmensa mayoría no se vuelve esquizofrénica".

Agregó el Dr. Gutiérrez: "Usted tiene dos hijos. Uno o dos de ellos pueden expresar los genes de la esquizofrenia en algún momento de sus vidas. Esto hará que sus hijos lo eviten a usted con extrema hostilidad y frialdad paranoica. Usted no debe luchar contra esa actitud, que no puede cambiar con ninguna persuasión, ni con el amor más devoto".

I D E N T I D A D

Antigua es la nostalgia de la muerte
que se presenta disfrazada de deseo de matar
ya que parece ser más fácil que morir
ya que parece ser más fácil que la suerte.
¿Qué hace el peregrino que rompió su brújula
y lo sorprende el desierto calcinado?
Cuando la comprensión es sólo una
y el entendimiento se ha multiplicado...
¿Puede el silencio observarse en el silencio?
¿Puede la luz surgir en la penumbra?
¿Puede la eternidad cruzar mi tiempo?
¿Podré andar desnudo con la luna?
Y cuando me pregunten por mi nombre,
¿Qué les diré? ¿Palmera, ceibo, Andes o quebracho?
¿Desierto? ¿Rascacielo de cemento?
¿Muralla, puente, o simplemente hombre?
¿Incendio andante? ¿Peregrino?
¿O simplemente Chaco?
Y cuando me pregunten por mi vida
les diré que lean mi epitafio
será mi último chiste de viajante
antes de la despedida,
ya que me haré ceniza en la brisa
y no dejaré rastro.

NÚCLEO DEL YO

Quisiera preguntarle a la lluvia
en la humedad del bosque
mientras subo mi montaña sabatina
dónde fue que perdí mi poesía
¿Fue en Pensilvania?
¿En Villada?
¿Fue en Florida?
¿Fue en la neblina vertical de la sequoia
aquí en California?
¿O fue en el Ande de la absurda Patagonia?
La nieve en Quila Quina,
el lago Lacar,
la incomprensible fertilidad de esa Villada,
el salto a otro hemisferio,
mis rodadas .
¿Me habrán robado algo?
¿O es que... hoy soy más rico porque no tengo nada?
¿O es que tengo un puñado de memorias rapiñas
que engordan con la carne de mi presente vida
y me dejan caminando por el mundo
para dar testimonio de mi sabio esqueleto?.
Mi pena iracunda se levanta en un grito
que barrió con las nubes y las hojas del bosque,
es el grito que nombra mis dos pequeños hijos
el grito de la noche,
es el grito del agua del infierno

el grito de Isaías.
Es un grito que se volvió silencio
y agrieta mis mejillas
es un grito rojo
que tiene gusto a sangre
y se esconde en mi miedo
por no volar en ira.
Gracias a Dios
mi grito tiene miedo
todavía,
no busca los autores de la infamia
pregunta dónde perdí la poesía
porque sin poesía no habrá gracia
y sin gracia podré perder el miedo
y si pierdo mi miedo
¡madrecita santa!
¡Virgen del bosque y la melancolía!
Cuánto dolor se sembrará en el mundo
cuánta venganza en los hombres por la vida
cuánto horror de hemisferios desandados
cuánta posibilidad perdida
cuánta jungla recorriendo mis arterias
¡tormenta de metal,
final del día!

EL AUDIOCASETE

Linda se llevó a los niños a Argentina diciendo que regresaría en quince días, que necesitaba un descanso después de pasar dos días en el hospital mental. Pasaron seis meses y no regresó. Tampoco contestó mis cartas escritas casi a diario.

No me costaba trabajo entender que ella quisiera divorciarse, a pesar de que no lo decía. Lo que me resultaba difícil era no tener noticia alguna de los niños, sobre todo imaginando el estado en que estarían dependiendo de Linda y conviviendo con ella.

A veces escuchaba de los niños por algún amigo que me escribía y me decía que los había visto solos por la calle, almorzando chocolate y Coca Cola y me decían que habían adoptado el apellido del abuelo materno.

Me hablaban de incesto psicológico, pero a mí me preocupaba más qué pasa con un niño de cuatro o cinco años a quien le quitan un día su apellido y le dan otro, mientras almuerza solo con Coca Cola.

De pronto recibí por el correo un audiocasete grabado por ambos niños. Un amigo, compadecido de ellos se los llevó a su casa y les hizo grabar algo para papito. Mientras me sacudía de llanto escuchando sus voces

después de nueve meses de separación, me preguntaba por qué no había ido a Argentina a buscar a los niños. La respuesta se hizo clara en mi cerebro, quizá gracias al llanto que rompía toda autocensura: simplemente porque tenía temor de matar a Linda.

"Papito" -decía la voz de Juan.

"Estuve practicando fútbol con los chicos de la cuadra. Yo juego de delantero igual que Tomás. Somos buenos y todos los chicos nos eligen para el equipo. Yo me hice una capa de Superman con una sábana roja de la abuela Soledad. Primero ella se enojó, pero después me dijo que la podía usar si iba a comprar el pan todas las mañanas.

Todos me dicen Mutti. Ya no me llaman más con el nombre que vos decías que teníamos. No vamos al cine, porque la abuela Soledad dice que el aire en el cine no es bueno, porque va mucha gente. Vamos al río.

Papito, cuando vengas tráeme una espacionave XX-500, con el muñequito adentro, pero no de la chiquita, sino de la grandota, la que es bien grandota eh? El vecino Héctor tiene la grandota y yo quiero tener la grandota también....mmmm
Todas las mañanas tomamos mate con Luis que es un amigo de la mami. El viene casi todas las noches, y casi todas las mañanas. La abuela Soledad dice que no le gusta

nada que venga Luis. Pero Luis es bueno porque me da plata para que compre chocolate".

Tomás insistió en participar, pero todo lo que dijo fue: "Chau papito. ¿Estás metido en este grabador?"

Se escucharon las risas del amigo y de los dos hijos antes de la voz que terminó con la grabación diciendo que habría otra grabación pronto para mí, con más noticias de los chicos.
Nunca más supe de ellos.

ESTO ES EL AMOR

Esto es el amor
la danza derviche
en la obscuridad del living;
sabatina, salada y solitaria.
Es el grito en E
que se vuelve canción
E prolongada de reproche
a un olvido rebelde
con los mil recuerdos torbellinos
a la esquina que murió,
la esquina de Humberto Primo.
Los meses esperando
que el Sur te devolviera
la pequeñez tan cálida de Miami
la inmensidad
de la indiferencia incomprensible
la frialdad nacida en Pensilvania
que creció en el verano de Rosario
y maduró y dio sus frutos venenosos
y tuvo un hijo que es mi grito en E.
El grito de reproche del amor,
la danza solitaria del amor,
el torrente de llanto del amor,
que nace sin origen
y no puede nunca terminar
en la noche corta del dolor.
El llanto es una aguja

que teje recuerdos
con cada fibra de mis huesos y mi piel
avalancha sin orden de imágenes y ensueños
de planes que murieron
de gozos cotidianos con los hijos
que nunca volvieron.
Mañana en la mañana haré un café
para que la tiniebla de esta casa cárcel
huela como domingo al desayuno
y le voy a robar al loco aroma
hasta el último recuerdo
de esos domingos que tuve con mis hijos
alrededor de la mesa, de los cuentos
o los tres revolcados en la alfombra
jugando, leyendo.
Círculos y círculos,
de danza y de canción
de llanto incomprensiblemente largo
de desesperación,
de rabia que se vuelve sueño
de sueño que se vuelve amor.
Círculos y círculos
de danza y de canción
en el silencio de esta noche triste
esto es mi amor.

UNO DE ESTOS DÍAS

Uno de estos días
me matará el dolor
en cualquier esquina
quizá en mi oficina
en el esplendor solitario de la noche
o en la rutina opaca de cada día.
Moriría diciendo Juan o Tomás
o chiquititos míos
o no puede ser
o ¿Por qué Dios Santísimo?
Yo sé que tendrá que ver
con mi dolor, dolor
mi muerte, uno de estos días.

SEPTIEMBRE 9

Me sorprendió que el aire entrara de repente en mi garganta,
con un sonido seco parecido a un gemido,
detuve el automóvil a la orilla del camino,
dejé caer mi cabeza hacia atrás
y correr dos ríos silenciosos por mis mejillas y mi barba.
Fueron las múltiples ondas superpuestas
del sonido de mil grillos,
y una luna loca que se agrandaba tras las lágrimas
los que hicieron de la pena olvido,

la noche mala de septiembre 9,
con su otoño oculto tras las hojas.

TODO IGUAL

Rescatando el alma de viejos tangos
y luego riendo de mí mismo
pasé la tarde soleada del sábado
caminando sin origen ni destino.
Me siento especial como una estrella
privilegiado por la tragedia y el dolor,
un dolor que ya corre por mis venas
y no se cura con ninguna transfusión
y todo me da igual.
Si miro las fotos de los hijos perdidos ,
si tengo pesadillas o duermo de verdad
porque esta vida mía nació en las pesadillas
más frecuentes y vivas que yo llegué a soñar.
Mi vida hoy cristaliza mis más antiguos miedos,
los miedos más humanos, el miedo esencial
y de ver ese miedo nació esta tarde fresca
el coraje más sano, pues todo me da igual.

4 DE JULIO

Es curioso muchacha
ya no queda más llanto

sólo está la brisa de la noche del verano
el auto lento y el conductor borracho.
Los gritos de los adolescentes
en Zip & go
el único lugar vivo de Miami
que alguna vez ocupamos nosotros.
Y, como ves, pienso en nosotros a menudo
en los chicos, sólo cuando veo niños
y por supuesto en el mundo.
Este mundo curioso
que ha producido seres tan curiosos
como nosotros dos,
monstruos patéticos de cartón
incapaces de solucionar su propio drama.
Bueno, me equivoqué con lo del llanto
de vez en cuando todavía surge una lágrima
pero no es como antes
cuando viajaba hasta la montaña
para llorar y gritar sobre la hierba.
Cuando me metía en el fango rojo de Morro Bay,
cuando caminaba por Unión Street en San Francisco
cuando corría por las calles sin nombre
de Los Ángeles para dejar de pensar en matar.
Pero hoy, 4 de Julio, noche de cohetes
había muchos niños en el parque que siempre está vacío
y volví a pensar en mis hijos,
y te escribo.

DÍA DE MARZO

El pájaro absurdo de la mañana
pájaro sin nombre, loco y cómico
pero de profundos sonidos
que horadan el silencio luminoso.
Lo miro desde el auto y no lo veo
soy uno solamente con su canto
que deja una sonrisa espacial
en toda la mañana.
Soy luego el motor del automóvil
y soy capaz de perderme en la oficina
olvidado de la trampa corrupta del mundo
y de la enorme trampa de mi propia memoria.
Puedo decir Juan y sonreír
puedo decir Tomás sin llorar
puedo decir "amor" sin recordar
aunque no exista nunca, nunca más.
La araña en los juguetes me ensordeció en silencio
los llantos me enseñaron este mirar reseco
el buzón sin noticias me liberó en el viento
los odios me enseñaron el amor sin objeto.
Caminaré esta noche por la calle aromática
bajo la luna pacífica de marzo
en la soledad de la gloriosa medianoche
y me dormiré otra vez finalmente
sobre el césped del jardín.
Y cuando me despierten el frío y el rocío
me iré a la cama sin decir su nombre.

Los meses me enseñaron la lección del olvido
con olvido aprendí mis canciones de cobre.

MEDIANOCHE DE REYES

Es a medianoche, cada noche,
que regresa el arrepentimiento.
Me espanta el sueño y me acerca al espanto
porque hay dos fantasmas que regresan,
dos fantasmas de dos niños que no han muerto.
¡Ay el espanto! Espanto arrepentido.
¿Cómo es que siguen vivos?
Si es que yo tengo que darlos por bien muertos.
¿Qué quieren hacer conmigo a estas horas?
¿No se dan cuenta que está todo oscuro?
Dos huerfanitos sin su padre ni su madre,
dos fantasmas huérfanos de carne y hueso
que han crecido y regresan (son recuerdos)
y yo sé que están vivos... O no sé ni eso.
De algún lugar regresan, es decir de todos lados
a toda hora y en todos los momentos.
¿Qué hacen aquí, en esta medianoche?
¿Acaso no les han dicho que no existo
y que soy para ustedes sólo un cheque mensual?
¿Y que soy bueno sólo para albergar el mal?
¡Espanto arrepentido!
Dos niños que están vivos
y regresan y regresan

y ni ellos lo saben,
son dos fantasmas vivos
que viven con su madre muerta en mis bolsillos,
buscando ese dinero que no tengo,
buscando algo para lo que no sirvo
(mis brazos sin abrazo están inertes)
y ojalá que este espanto
que no sabe qué es la risa y qué es el llanto
termine con la muerte.

EL AMIGO ANTONIO

La lluvia de Miami era frecuentemente de la media tarde, pero esa noche estaba inundada por la lluvia. Detrás de los vidrios, en aquel solitario quinto piso yo veía el viento azotando las palmeras de Biscayne Boulevard. Eran apenas las ocho pero yo había esperado encontrarme en el reloj con las tres de la mañana. El tiempo era lento e incompatible con ese pequeño huracán que esculpía espirales de lluvia bajo los focos de la calle, debajo de mí, en el ondulado reflejo del agua sobre la calle y las veredas.

Me sorprendí caminando bajo la lluvia, un poco excitado, imaginando que la lluvia era la muerte. Un auto policial se detuvo. El oficial me ofreció llevarme hasta mi casa. No tuve coraje para decirle que no, y pronto me encontré de nuevo tras los vidrios apenado de haber perdido la lluvia.

Un poco automáticamente llamé a Antonio Salvatierra. Antonio, mi gran amigo venezolano:

"¿Si?"

"¿Salvatierra?"

"¡Dígame!"

"¿Qué dice de bueno? Mauricio Azcárraga acá!"
"¡Ah! Mauricio, ¿Cómo estás? Cómo te va? Cómo están las cosas?"

"Acá muy bien, peleando con el recuerdo de la muchacha esta con la cual me casé una vez". -ambos reímos-

"Bueno, la vida es una lucha constante, ¿verdad?"

"¡Qué lucha Antonio!"

"Pura brega, pura lucha..... así es Mauricio".

"El único que se pasa la gran vida es usted, en las Bahamas. Yo le había llamado varias veces y usted estaba en las Bahamas".

"En las Bahamas porque he estado muy enfermo y...."

"¡No me diga!"

"Sí, he estado... Yo tengo una recurrencia cancerosa ¿ves?"

¡Ay, santo mío!" -Susurré mientras pensaba en Dios-

"Y entonces me operaron de los intestinos, me sacaron un tumor, una metástasis hepática, y el tipo me dio tres o cuatro meses de vida y mientras tanto yo estoy aquí tirando, tratando de comer lo más posible porque tengo poco apetito y de irla pasando lo mejor posible".

"Pero Antonio, ¿entonces usted me está diciendo que es cuestión de meses nomás?"

"Sí, de meses, el doctor me dijo de meses, ¿no? Calculo yo que por ahí en enero o febrero ya estoy listo para el arrastre. ¿Usted sabe lo que es listo para el arrastre?"

"Sí...Antonio..."

Hice una pausa para aguantar el sollozo pero el sollozo venció mi última resistencia. Me pasaba la vida por esos tiempos resistiendo el llanto. Pero esto era demasiado para mí.

"Listo para el arrastre es cuando matan a un toro en la plaza pública y entonces después que lo mata el torero, vienen las mulas y lo arrastran".

"Caramba Antonio". - Hice una larga pausa conteniendo el llanto- "Perdone Antonio pero...."

"Pero no se emocione Mauricio, querido amigo.... veamos con claridad".

"Si, la claridad existe cuando no hay emoción alguna, pero a mí me agarró la emoción".

Yo ya me había abandonado y hablaba mientras lloraba libremente.

"¡Ay, Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? La vida es esa. El médico me dijo: 'Bueno, arregla tus cosas', me dijo en Septiembre: 'por ahí por febrero, marzo'. -Antonio hizo una pausa- *"Así que no te emociones que la vida es así, es un ciclo, verdad?"*

"Así es Antonio". -Yo sollozaba-

"Es un ciclo".

"Pero usted es un gran amigo para mí". -La voz me salía a través de la garganta cerrada por la angustia de perder nuevamente a un ser muy querido.

"Gracias, gracias. No te emociones hombre. No te emociones porque me transmites la emoción a mí y la emoción es fuerte, pues...

"Es muy fuerte" -Yo sollozaba, incapaz de contener el egoísmo de mi llanto.

"Hay que evitarlas Mauricio".

"Usted sabe bien que los buenos amigos no se encuentran todos los días, Antonio".

"No". -Hizo un largo silencio- *"No se encuentran, pero bueno... pero la vida es esa, ah?*

"La vida es esa". -Me abandone en una larga exhalación-

"Uno nace y tiene que morirse, ¿entonces dónde está el problema Mauricio?"

"No, la verdad es que no hay problema, no, pero..."

"*NO HAY PROBLEMA MAURICIO! Lo que pasa es que uno se apega, como es natural. Uno tiene muchos… el ser humano se apega a las cosas, pero la vida es así, la vida es así. Yo todavía no siento dolores muy intensos y como muy poco y cuando siento un dolor me tomo unas píldoras que tienen mucha codeína ¿ves?"*

"Claro" -Aguanté el llanto-.

"Pero ahí voy, ¿ves? Ahí voy, ahí voy. La vida es así.... entonces qué le vamos a hacer...

"Bueno, Dios quiera que yo tenga la entereza que tiene usted para enfrentar la vida y la muerte, Antonio"

"¡Ay, sí! Y también la muerte. La vida no es entereza sino son los hechos los que lo ponen a uno frente a ella y entonces el mismo hecho provoca una reacción inmediata, total, entonces uno viendo la cosa, obra en consecuencia, se porta en consecuencia. ¿No te parece?"

"Así es Antonio".

"La vida es linda, Mauricio, linda, linda...."

"Es hermosa, es hermosa".

"Es hermosa, lo más lindo es la vida, Mauricio".

"Y esta conversación es tan hermosa porque... qué se yo, me muestra de nuevo que usted es una persona muy bella Antonio.

"Gracias".

"Y aparte, qué se yo, lo único que le pido a Dios es que ... en fin... pueda ver la vida como la ve usted,¿ vió?" -la voz se me ahogaba-

"¡Ah, sí! Ojalá. Yo he tenido alguna entereza y la tengo. Me falta la peor parte, que es la parte de los dolores intensos".

"No, pero para eso hay medicina, Antonio".

"Yo le pasé una circular al médico..."

"Usted no es una persona que necesite dinero para comprar medicina".

"No, no, yo por ese lado estoy completamente respaldado, yo estoy muy bien, vivo muy bien, a la orilla del mar, los

amigos vienen, en fin, usted sabe, yo estoy más o menos bien, y..."

"Y yo mañana iré a verlo, Antonio".

"No, pero no se afane por eso. Si usted quiere llamarme por teléfono y estar pendiente de mí tiene suficiente, pero suficiente, Mauricio. Yo lo estimo demasiado y usted sabe cuánto lo quiero yo a usted, cuánto lo estimo a usted y a sus niños..."

"Sí, Antonio".

"Y todas las cosas mías (la muerte de mi esposa recientemente) todo eso que usted también ha tenido... me refiero al abandono del hogar que hizo su esposa, diciéndole que regresaría en quince días, yo las he sentido en el fondo de mi corazón".

"Si, Antonio, lo sé".

"Bueno, yo espero durar el mes de diciembre y parte de enero, ¿ve?"

"Sí, Dios lo oiga".

"Ojalá que fuera así. También le pase una especie de documento al médico diciendo que yo no quería ni más biopsia, ni más cirugías, ni más quimoterapias, ni nada,

nada, nada, que me diera grandes dosis de morfina cuando los ataques del dolor canceroso me acosaran, entonces prácticamente ya le di las instrucciones y él las va a cumplir, él me prometió que no me va a dejar sufrir los dolores intensos".

"Mire, Antonio, quiero recordarle que tengo muchos médicos amigos en Miami. Soy amigo de muchos colegas que dejaron Cuba, y de otros muchos latinoamericanos, que dejaron sus países, por razones opuestas..

"Gracias, Mauricio".

"Usted me habla y me dice si no lo están tratando bien y yo me pongo en comunicación con mis amigos médicos".

"Hombre, se te agradece infinitamente tu ofrecimiento".

"Porque usted no se merece ningún sufrimiento físico, Antonio.

"No, no. Además el dolor ni purifica ni trasciende, ni nada, porque si el dolor trascendiera, con el dolor enorme que sufren los animales, ¡carajo! irían al cielo, ¿no te parece?"

"Porque se la pasan sufriendo los pobres" -me sorprendí riendo-

"No, esos experimentos y esas vainas...."

"Ay, santo mío... el cielo debe estar lleno de conejitos de india, ¿no?"

"Si, si. Es así, el dolor solamente es Dios de la ignorancia sabe?"

"Así es Antonio".

"No sirve más esa teoría de que tú te hagas un santo porque sufres. Son teorías obsoletas completamente.

Teorías falsas..."

"Usted lo ha dicho, Antonio".

"Hay que estar claro en ese sentido y el hecho ni siquiera uno tiene necesidad de aceptarlo. Ahí está".

"Ahí está, Antonio".

"El hecho genera acción inmediata e inteligente, si uno no está tan tapado, ¿ves?"

"Exacto".

"Ahora cuénteme de lo suyo, Mauricio".

"No, pero es que yo lo veo a usted tan valiente, querido Antonio, que sencillamente me sorprende..."

"Yo he pensado sobre todas estas cosas, y bueno ¿y qué? Si el único problema es terminar, ¿no es verdad?"

"Bueno, pero, ¿qué es lo que continúa, Antonio?"

"No, no se sabe, ni estamos interesados en lo que continúa. Lo que hace falta es vivir la vida, estar plenamente hasta el último minuto. Lo que viene, pertenece al futuro y entonces dejemos al futuro adonde está y a ocuparnos del presente, del ACTIVO PRESENTE, ¿no te parece?"

"No hay ninguna duda, Antonio".

"¿Para qué quieres mortificarte imaginando y conjeturando cosas que van a pasar mañana o pasado mañana? ¿Pero para qué? ¿Qué beneficio tiene eso? Me parece que no tiene ninguno ¿no?"

"No, realmente no. No, no. Estoy de acuerdo completamente con usted Antonio, intelectualmente. Lo que pasa es que a veces, como recién, exploté emocionalmente porque no puedo aceptar el hecho, ¿vio? Me da mucha bronca el hecho, me da mucha rabia, ¿vio?"

"¡No! Porque no puede aceptar el hecho, usted Mauricio es lo que escapa hacia el futuro. Si uno pudiera hacerle frente, entonces ya, hasta aquí nomás".

"Sí, Antonio".

"¿Por qué? Porque el tiempo auténtico es el presente, porque usted no puede ser.... usted no puede desarrollar ninguna actividad si no es en el tiempo presente, ¿no es así Mauricio?"

"Usted lo ha dicho, Antonio". -Yo me estaba calmando gracias al amigo moribundo que sabía vivir-

"No hay más nada, aquí no hay más nada. La muerte es un reto fantástico y entonces yo estoy frente a ese reto. ¿Y qué? Vamos a ver ¿Y qué? Uno deja los cariños y las amistades. Bendita sea la vida que ha sido tan grata conmigo, que me ha dado tan buenos amigos, tan buenas amigas, tan buena gente y ¡para mí ha sido una bendición! La vida para mí es una cosa llena de bendiciones, de bendiciones.... es una nota Mauricio"
"Igual que para mí, Antonio. El solo hecho de tenerlo a usted de amigo ha sido una de las más grandes bendiciones de mi vida".

"Gracias. ¿Y por qué vamos a estar descontentos? ¿Porque finaliza la cosa? ¡No! Nada finaliza.... hay cambio"

"No, usted no va a finalizar por lo menos conmigo hasta que yo no finalice ¿vio?" -Nos reímos juntos-

"Así pasa, Mauricio. Algo continúa y algo comienza".

"Y yo creo que toda la gente que lo ha conocido a usted lo va a llevar a usted en el alma hasta que ellos finalicen a su vez".

"Así es, así es. Pues sí, entonces sí, tenemos que seguir en esta molienda. ¿Se acuerda de Jesús hablando con Nicodemo? '¡Tienes que nacer de arriba Nicodemo!'"

"Así es".

"Una molienda, una molienda.... Yo lo voy a tener al tanto, yo supongo que por allá en enero, febrero es que yo voy a entrar en una verdadera crisis por los dolores, los dolores fuertes que necesitan ser contrarrestados con cantidades abundantes de morfina le van quitando a uno cierta lucidez. Hasta ahora estoy de lo más lúcido..."

"Antonio, lo que yo quisiera por lo menos hacer por usted es el asunto del dolor físico..." -no me dejó terminar-

"Lo voy a hacer y le agradezco infinitamente. En caso de que cualquiera no maneje bien la cosa, yo lo llamo enseguida".

"Por favor hágalo, porque tengo muchos amigos médicos argentinos y cubanos en Miami y yo voy a empujar fuerte" -No sabía qué decirle para ocultar mi impotencia frente al absoluto final.

"Por allá en enero o febrero se va a presentar la cosa.... tampoco hay que hacer muchas conjeturas.... de pronto es un cáncer que no me va a dar grandes dolores ¿no?"

"Bueno, en primer lugar eso y en segundo lugar, usted sabe que las predicciones, aún de computadoras, se equivocan".

"Mucho".

"Y que hay gente que la han desahuciado y han vivido diez años más, ¿no?"

"Sí, sí. Por ejemplo el 29 del mes estuve donde el médico y me dijo 'bueno, el cáncer está bajo control'".

"¡Qué maravilla!"

"Este tipo, es un tipo joven. Calle, Dr. Calle, hijo del doctor Calle, me dijo: 'olvídate del cáncer, trata de comer lo más que puedas, trata de hacer una vida normal hasta donde te sea posible' son sugerencias sabias ¿no?"

"Ajá".

"Y entonces yo realmente como tú ves, me he quitado ese gorro del cáncer, de la vaina repetitiva.....ta ta ta... yo he olvidado un poco eso y vivo desprevenidamente, cuando me da el dolorcito, pues, tengo unas píldoras de codeína y

cosas así y me las tomo y pal carajo, como decimos en Venezuela... es una actitud muy singular ¿ve?"

"Sí Antonio, es muy simple, yo creo que es lo único que nos queda".

"Sí, es lo único. No se puede uno sentar a llorar su desgracia, ¿sabe?

"No, no, no".-Me aterré pensando que podía estar hablando de mí".

"No, es lo último que tiene que hacer, Mauricio".

"Así es". -Dije, más tranquilo después de confirmar que efectivamente estaba hablando de mi vida y mi tragedia-.

"Además, la muerte es parte de este maravilloso proceso que es la vida. ¿No es así?"

"Usted lo ha dicho, Antonio".

"No queda otro camino".

"Bueno, yo creo que no podría haber vida sobre la Tierra si no hubiera muerte, porque no podríamos vivir tantos ¿no?"

"No, no. Y es una bendición poder salir del valle.... porque ¿usted sabe lo que es una muerte después de estar arrastrando una invalidez tremenda durante muchos años? Es una cosa miserable, ¿no es verdad?"

"¡Uy, imagínese!"

"Usted quiera la vida mientras usted tenga siquiera locomoción, pueda moverse, pueda templar, pueda beber, pueda mirar el atardecer, escuchar esta lluvia". -Reímos juntos-

"Sí, yo lo entiendo, lo entiendo perfectamente, Antonio".

"¿Sabe Mauricio? La vida está llena de sorpresas y de cosas...mírate chico, mírate a ti mismo, divorciado... ¡yo los veía tan enamorados! Pero si uno no se deja quitar la felicidad, sigue feliz. ¿Eh Mauricio?".

"Usted lo ha dicho Antonio, si uno está feliz por algo o por alguien, entonces no está verdaderamente feliz".

"Está feliz el que está contento por nada, Mauricio.

¿Y ella? ¡Pobrecita! Ella es una víctima de su enfermedad. Qué le vamos a hacer.

"Así es, Antonio.

"Entonces más nada. Ya ves como la vida se encarga hasta de la muerte. Tú no tienes más nada que hacer, Mauricio".

"Usted lo ha dicho Antonio. Y el hecho, como usted dice, ni siquiera hay que aceptarlo, está ahí y punto".

"Ahora, la vida es completamente irónica completamente intencional. ¡Pero esa es la vida! Cuando yo había perdido a mi mujer estaba inconsolable y conseguí una amiga que me quiere mucho, que estoy bien, que no me falta nada, que estoy completo.... entonces viene la vida y zas! Por eso, uno tiene deseos secretos de vivir..."

"¡Ay! La mala suerte. ¡Ay Antonio!

"¿No te parece?" -dijo Antonio riendo a carcajadas-

"¡Que bronca! ¿No?

"Sí. ¿Y entonces yo me voy a poner bravo? Entonces tengo el cáncer y la bravura ¿no?"

"No, entonces usted se queda nada más que con lo primero" -Reímos juntos-

"Yo me quedo con uno que es lo más importante".

"Que es lo único que no se puede sacar de encima".

"¡Exactamente!" -Reímos juntos de nuestro extraño humor de amigos-.

"¿Pero la bravura podría ser, no Antonio?

"Si yo pudiera sacarme esta vaina de encima, valdría la pena tener rabia, pero como no puedo, me evito estar iracundo y me quedo con lo que es, que es el hecho.

-Reímos nuevamente, yo ya reía sin saber de qué-

"¿Y tú te ríes, no Mauricio?"

"Bueno, empecé llorando y termino riéndome ¿vio?"
"Sí hombre, esa es la vida. No hay que afanarse, ¡qué carajo! La vida es esa: un consumarse perpetuo, un perecer perpetuo".

"Usted lo ha dicho".

"Pero buen ¡Qué carajo! Es una combinación de placer y de dolor y vamos adelante con eso. Así, yo estoy muriendo con tranquilidad. No crea, allá a lo lejano, a veces me acosan los apegos... no crea... humano siempre ¿ve?"

"Sí, Antonio, humano siempre".

"No hay ganancia sin pérdida, ni pérdida sin ganancia, ¿no te parece?"

"¡Usted lo ha dicho! Creo que fue Lao Tsé quien dijo que para que el árbol sea serruchado y caiga, tiene que primero crecer hasta su máxima altura, ¿no?"

"Exactamente, Mauricio".

"¡Qué belleza!"

"Qué belleza es Lao Tsé! Yo tengo todavía por ahí el libro del Sendero y de la Línea Recta".

"¡Qué belleza de libro! Y otra cosa que dice: 'El río tiene que desprenderse de la montaña, para poder ser capaz de perderse en el océano'. Y la montaña posiblemente sean los apegos, ¿no?"

"¡Sean los apegos! Fíjate que el río cuando va a morir a los océanos va canturreando, no va triste!

"Usted lo ha dicho, Antonio" -Volví a reír-

"No va triste! Va cantando. Todavía canta, caminando hacia la muerte, a confundirse con el gran océano, ¿sabe?"

"Usted lo ha dicho".

"La vida es esa, no hay que buscarle más vainas, ya demasiado tiene uno. ¿No te parece?"

"Sí. Como me decía una amiga muy viejita a quien le dije yo, poco después que mi ex-mujer me había abandonado, le digo: 'Bueno, yo no entiendo nada', y ella me dice: ' y por qué tiene usted que entender?'"

"Los hechos son y no necesitan interpretación de ninguna clase. Los hechos están ahí.... Mauricio"

"Así es".

"Están ahí, ahí. No hay que interpretarlos, no hay que aceptarlos, no hay que rechazarlos, ni hay que discutir acerca de ellos. Están allí".

"Y se acabó. Así es Antonio".

"Cantando su realidad Mauricio. Cantando su realidad mi amigo. Bueno, saludos a sus dos hijos y aquí lo dejo. No me visite, llámeme con frecuencia".

-Cuando Antonio colgó ya habíamos cambiado los saludos, le dije:

"Lo quiero mucho Antonio". Pero él ya había colgado.

TARDE GRIS

Tarde gris (arquetipo de tristeza)
pero en esta verdad del instante
no existe siquiera esa certeza...
El sol se desploma tras las nubes heridas
y se derrama la comprensión en mi cabeza.
En esta semi-luz roja del atardecer
se desdibuja nuestro mundo de muertos en vida,
mundo de seres lunáticos (de dos caras)
que como la luna corren y corren sólo para volver.
El paciente infantil se ha arrojado de cabeza a la pared
el amigo moribundo dice: "Vayamos como el río
canturreando y contentos al océano a desaparecer".
Pero -le dije- ¿cómo se puede estar contento, Antonio?
¿Cómo se puede?
"Si no lo estás tendrás doble trabajo".
Hoy comeré mi pan, mi queso y mi ajo
con esa resurrección de la uva que es el vino,
me dormiré en el suelo como lo hago a diario
imaginando que soy un simple revolucionario.
Algo tengo que hacer con este manantial de
ilusiones que es mi pensamiento,
veré también si puedo sentarme en mi sillón duro de cedro
y quedarme muy tranquilo y en silencio.

LA CITA

Creo que debe haber pasado un año por lo menos antes que me atreviera a salir con alguna mujer. El miedo, el resentimiento y la tristeza eran solo palabras diferentes para expresar una sola y misma cosa: lo que yo estaba siendo.

Era miedo, rabia y pena, pero no sabía por qué ni hacia qué. Era algo permanente, por detrás de lo cual uno iba a trabajar, al restaurante, a caminar largamente en la noche, o con el automóvil uno se perdía en los caminos siempre iguales, buscando sin buscar ciudades también siempre iguales; vacías, insignificantes, voraces y brutales .

No sé por qué llegó a mi consultorio representando a una abogada de uno de los niños que yo trataba. Alguien quería que yo fuera a la corte como experto para demostrar algo. Pero yo no podía prestar mucha atención por aquellos días. Me sentía como un fantasma, flotando sobre su propia tumba. Por casualidad, su belleza me sacó de mi distracción habitual: la tristeza, para sumergirme en otra: la lujuria.

Recorrí las curvas de su cuerpo delicioso tan desconsideradamente, que ella me lo hizo notar. Por eso solamente me di cuenta de lo que estaba haciendo.

Me sorprendí invitándola a cenar, más que nada para quitarme la culpa y también me sorprendió que ella dijera fácilmente que sí.

Esa noche me sentía cansado después del consultorio, pero sobre todo me sentía raro, yendo a una cita con una mujer muy joven y muy hermosa, a pesar de la insignificancia que penetraba cada minuto de mi vida.

Esa mezcla medio confusa de sentimientos de extraña futilidad hizo que golpeara la puerta de su departamento con cierta indiferencia y sin mucha ansiedad. Era la primera mujer que veía en mi vida después de Linda, con quien había pasado siete años.

Me dijo sonriendo al abrir la puerta: "Hola, eres bastante puntual". Hablaba en su inglés, al parecer sureño. Le dije que había estado esperando en el automóvil escuchando música y grillos hasta que se hizo la hora puntual. Volvió a reír exhibiendo un cuello de atleta femenino y dientes de jaguar.

"Estaré lista en un minuto. Espero que la invitación a la cena siga en pie".

"Sigue en pie". Le dije.

-Salió corriendo hacia el baño y me gritó desde allí sobre el ruido de un secador de cabello:

"¿Sabes? No sé nada de ti, ¿por qué no empiezas a decirme algo de ti?"

-Registré la pregunta con el olvidado placer de pensar en mí mismo en compañía de alguien. De nuevo, sobrecogido por esta novedad, dije casi sin pensar y como jugando:

"Bueno, soy un hombre simple, tengo poco qué decir de mí, sólo quisiera cambiar el mundo y que volviera a existir el amor y la honestidad".

Gritando dijo:

"¿Realmente? ¿Y cómo vas a lograrlo?"

"Con las cuatro eses: silencio, soledad, sexo y steak".

-Reí para mí mismo gozando la frase que me parecía tan inteligente. Ella salió del baño, con su secador en la mano y me preguntó seriamente, casi como enojada:

"¡¿Dijiste sexo y steak?!

"Sí". –Respondí,- "Pero también dije otras dos cosas que olvidaste".

"No, quiero saber si puedes salvar el mundo con sexo y steak".

"No". -Me defendí- "Quise decir con silencio y soledad, luego agregué sexo y steak".

"¿Sabes que eres medio raro? Me pregunto si me puedo sentir segura contigo".

"No creo que puedas sentirte segura mientras digo que quiero salvar el mundo. Mi único problema es que no sé hacerlo".

"Eso sueno más sano" -Dijo -

"Pero tal vez estoy realmente perdido". -Insistí-

"Eso se ve claro, no puedes ocultarlo".

Un poco enojado me lancé a hablar:

"He sido bien educado, de acuerdo a los principios fofos de la civilización industrial, estuve en varios lugares del mundo y en verdad no he aprendido nada que valga mucho. Pero mejor es no despreciar esa nada, ya que si uno es nada, aprende todo y creo que me puedes entender".

"No entiendo nada". Dijo enojada. "Y he empezado a pensar que estás bien chiflado".

"Quizá, pero todavía creo que puedo salvar el mundo".

-(Me sorprendió su silencio). Quería ensayar algún tipo de humor con el objeto premeditado de hacerla reír. Pero la falta de socialización y de humor en mi vida reciente salía a relucir. Para romper la tensión creciente agregué:

"A veces, al atardecer apago todas la luces y me siento solo en silencio, entonces siento que se abren los cielos para mí. Es como mirar todo el mundo y la vida mientras uno va muriendo". -Su silencio no terminaba-.

"Creo que estoy causando una impresión en ti". -Le dije-"Espero que sea una buena impresión".

"Estoy tratando de registrar todo esto". -Dijo en calma-

Antes de que siguiera pensando agregué:

"Tú sabes, cuando miras las cosas y la gente sin saber nada, entonces nunca dejas de aprender. Es como subir al origen de un río y desde allí uno se deja transportar tranquilamente hasta el océano. Es como caminar sin equipaje, sin guardar nada, sin saber nada, sin apegarse a nada. Es como fertilizar el polvo para que se transforme en rico suelo. Me siento como el río que perdió su montaña. Miro alrededor y veo una incalculable cantidad de horror. ¿Y sabes cómo respondo?".

"No, tú dime". -Respondió-

"De ninguna manera. Quizá por eso no pueda salvar el mundo. Quizá por eso pueda".

"Bueno" -me dijo- "estoy empezando a cambiar de idea con respecto a esta cita. No creo que quiera cenar contigo esta noche. He perdido el apetito".

"No. Por favor, mis intenciones son las mejores, no quiero asustarte". Le dije insistente.

"Pues ya me has asustado, hablas muy loco".

"Te juro que no estoy loco. Cuando estaba esperando que fuera la hora, en el automóvil, en el estacionamiento de aquí al lado, estaba en silencio en la oscuridad. Apagué la radio del auto para escuchar los grillos. Sentí un poco de ansiedad con respecto a venir a verte y hasta pensé en desertar de esta cita y fugarme a mi casa. A veces no sé a dónde ir y ni siquiera sé qué decir que pueda ser simpático y aceptable".

Ella permanecía en silencio.

"Tú sabes, -me apresure en decir- es como cuando te sientes completamente perdido. Tú crees que estás encontrando tu camino o el camino, y aunque no sepas a dónde vas, te parece que no estás perdido. Y de pronto te pones a hablar sobre eso, como yo ahora, sin saber qué diablos voy a decir, pero parece que tuviera un enorme

significado, porque uno habla honestamente, como jugando, sin máscara y sin expectativa.

Yo veo que no se qué hacer ahora. Veo que estás muerta de miedo de que yo hable libremente, veo que has perdido el deseo de cenar conmigo y veo que no se qué hacer. Tantas veces creí estar seguro de todas las cosas, hice siempre todo con tanta claridad que no sé cómo todo se pueda haber vuelto un desastre tan perfecto. Por eso es que no me importa tanto ahora, eso de estar seguro sobre lo qué hacer o no hacer. Quizá sea mejor olvidar que saber".

-Ella dejó el secador sobre la mesa y se tomó la cabeza con las manos. Continué diciendo:

"Espero que no te esté trastornando. Recuerda que estoy jugando con las palabras y que es como si uno entendiera realmente la vida. Quisiera que pudiéramos jugar en el parque en vez de ir a cenar; ¡dejamos de jugar cuando somos tan jóvenes! Quizá debiéramos jugar hasta que morimos, sin dinero, solo por el gusto de jugar... Podríamos ir a caminar en la brisa y mirar la luna menguante. Tú podrías cantar una canción que me hiciera llorar, como 'Chiquitita' y sentirme de veras como el río que se pierde en el océano.

Cuando venía para acá, pensaba que tú podrías ser la mujer de mi vida, como la hermana del alma, que le

decían antes de que se volviera cursi hablar así. Entonces podríamos vivir juntos para siempre, con gran alegría. Pero uno no sabe qué es la alegría ni qué significa 'para siempre'. Quizá pudiéramos comprar un helado, caminar en el parque..."

-Ella me interrumpió abruptamente-

"Amigo mío, en esta pequeña ciudad, nadie va al parque después de las 9:30 P.M. Hay una ordenanza policial que así lo decreta y yo decreto que este es el fin de nuestro encuentro y que ya es hora de que te vayas".

"Bueno, espero que no te hayas perturbado mucho". -Le dije con cierto embarazo-

"Sólo espero que te vayas lo antes posible". -Finalizó.

-Me fui todavía confundido, y como para salvar la cara le dije antes de salir de la casa: "Sólo quiero cambiar este maldito mundo".

No sé si me comporté así porque tenía miedo de una nueva relación completa con una mujer o porque quería relacionarme de entrada con alguien sin máscara ni defensa alguna.

SI NO ENCUENTRO...

Si no encuentro una mujer esclava
tendrá que ser esclava el propio alma.
Si no encuentro una mujer enamorada
tendré que amar desde el centro todo o nada.
Si no encuentro una mujer dignificada
tendré que ser la dignidad con patas
como Dante sin Beatriz frente a Dios Padre,
como un Fausto al revés: solo y sin nada.
Si no encuentro una mujer sincera
tendré que ser una verdad andante
esa verdad que desde el cielo llega
y que va hasta el infierno... como Dante.

EL GITANO DE FLORIDA

El sábado era un día casi tan difícil como el domingo. Buscaba en Fort Lauerdale un lugar para tomar un café junto al mar, casi al mediodía. Sentía la angustia de la tristeza y la nostalgia juntas y el hambre de dos días... todo en el pecho.

Vi un inmenso cartel con una mano y un zodíaco en la palma de la mano: "¿Conoce usted su futuro?" "Zharko lo hará por usted (20 dólares)".

Me olvidé del hambre. Estacioné donde pude y casi corriendo me metí en el "consultorio" de Zharko. Un poco me decepcioné cuando lo vi vestido a la americana y atendiéndome enseguida sin tener que hacer como yo suponía, una larga cola de espera.

Después del saludo y algunos chistes convencionales fui al grano:

"Quiero saber mi futuro, sobre todo en el amor" . -Le dije sin sonrojarme y con increíble impaciencia.

"¿Qué futuro prefiere usted?". -Respondió

-Nuevo desencanto. No había bolas de cristal, ni lechuza, ni zodíaco, ni vestuario exótico. Me di cuenta de la tontería que estaba cometiendo para escapar del malestar y de mis luchas internas. Cambié el tono para lucir inteligente:

"¿Qué es un gitano?".

"No lo sé. Yo soy un señor que vende automóviles usados y que vuelve a su casa a cenar y mirar televisión".

"¿Está usted definiendo lo que un gitano no es? ¿Por qué se anuncia como mago y astrólogo?"

"No lo sé".

"¿Pero.... es que sus padres no le han hablado de lo que eran (por lo menos lo que eran) los gitanos?" -Le repliqué

"Sí, pero ni a mí ni a usted nos interesa".

"Usted se equivoca, estoy aquí porque tengo profundo interés por saber lo qué es ser gitano".

"¿Por qué tiene usted tanto interés en esa estupidez?".

"Le diré: después de perder a mis dos hijos tuve un sueño en el que me veía como gitano, robando dos niños de muy buena familia, a juzgar por su ropaje (un varón y

una niña de 6 o 7 años de edad). Por la ropa de los niños y el paisaje ondulado de sierras bajas, ubique el sueño en el siglo XIII y en Europa Central . Me ayudaba una dama sin identidad que manejaba el carro de dos ruedas, a donde invité a subir a los niños de mi sueño antes de dar la orden a la mujer que sostenía las riendas, de que saliera a toda velocidad. Ese fue el sueño, pero al despertar estaba muy agitado y sudando. Cada vez que recordaba el sueño me agitaba y sudaba. Durante dos o tres meses si intentaba relatar mi sueño a alguien, se repetía la reacción más intensamente. Ningún otro sueño produjo tantas reacciones en mi".

-Me respondió:

"Usted fue ese gitano y no hizo más que recordar una vida anterior suya. Por eso ahora ha perdido a sus hijos y a sus padres".

"Yo no le dije que hubiera perdido a mis padres".

"Pero yo sé que los ha perdido. Porque así debe ser. Usted debe pagar cada cuadrante por lo que hizo".

"¿Pretende usted tener facultades psíquicas de adivinación?".

"Por supuesto, usted ha escapado de la muerte estando muy cerca una vez, además ha tenido dificultades con un

amigo y en una oportunidad usted hizo algo sagrado que le trajo gran desgracia".

"¿Cómo lo sabe?" -Le dije-

"Porque cualquier idiota cree haber pasado por esos eventos y si usted se los repite, ese idiota creerá que usted es un psíquico".

"Usted está jugando conmigo. Me siento como burlado".

"¿Cree usted que podría yo hacer eso con alguien que honra mi casa con su visita y que está tan interesado en mi?".

"Usted habla como si creyera y no creyera en lo que dice".

"En eso nos parecemos" .

"Usted pretende no saber. Usted sabe más de lo que dice".

"Es para hacer el equilibrio con el resto de los seres humanos que hacen todo lo contrario".

"Le ruego que me diga todo lo que usted sabe de los gitanos, lo que sus padres le han dicho, sus propias experiencias".

"Le diré lo que sé, lo cual puede ser un conjunto de mentiras. ¿Está de acuerdo?"

"Lo estoy". -Afirmé-

"Mis padres llegaron a Nueva York en la década del cincuenta. Eran unos pobres desgraciados que habían conseguido un pasaporte de Hungría, que según mi padre era falso. Ellos no sabían dónde habían nacido. Mi madre juraba que había nacido en Alemania. Mi madre era una maestra con el Hokanni Baro".

"¿Hokanni Baro?"

"'Sí, Una treta simple para engañar idiotas: Usted mete dinero de la persona en un pañuelo y le pide que guarde el pañuelo bien atado por treinta días para santificar el dinero. En esos treinta días usted toma distancia, hasta que la persona abre el pañuelo y ve papeles de diario".

"¡Eso es un robo!". -Me apresuré a decir-

"No. Es un tonto víctima de sí mismo. Un tonto es todo aquel que cree que necesita algo y que otro ser humano se lo puede dar. Esa gente necesita lecciones para despertar. El Hokanni Baro es una de esas lecciones. Una treta ilusionista para despertar a un hermano de su ilusión".

"Usted quiere redimir hasta las raterías".

"Los espíritus pequeños juzgan (o condenan) nuestra manera de enseñar y aprender".

-Le dije: "Usted habla ahora como maestro y comenzó diciéndome que no sabe nada de los gitanos".

"Un buen maestro empieza por saber que no sabe, si es que quiere aprender algo y por ende, luego, compartir lo que sabe".

"Yo no sé y vengo a aprender".

"¿De mi ? ¿ Un doctor como usted?

"De usted". -Ignoré "un doctor", porque podría haber sido una aventurera asunción con suerte-

"¿Qué quiere saber?".

"¿Qué es un gitano para usted?".

"Lo que es para todos: una leyenda, un misterio, un profeta siniestro que anda como peregrino por el mundo aunque fuera del mundo. El gitano es alguien que canta o entretiene o pretende saber lo que un gajo (un no gitano) desea saber: en general 'cómo será el futuro', porque el mundo del gajo es el mundo del miedo".

"Y el gitano se cree con derecho de explotar ese miedo y esa ignorancia del gajo". -le dije fingiendo indignación para motivarlo a continuar-

"El gitano (cuando existía) necesitaba cumplir con la misión de enseñar a los hombres que no hay nada que otro hombre pueda hacer por usted, nada que pueda darle. Creer lo contrario es ser un iluso. El gitano jugaba con las ilusiones de los gajos".

"¿Desde cuándo fue así?" -Le pregunté-

"Nadie lo sabe, pero los gitanos tienen la respuesta para los que quieren saber: venimos de los Banthus, un pueblo del noroeste de la India que adoraban una diosa del mar. Esa diosa ahora se llama Santa Sara, porque Sara era una egipcia y se cree que los gitanos estuvieron mucho tiempo en Egipto. Gitano significa 'egipciano' (o de Egipto).

El profeta Ezequiel en el capítulo 29 dice que 'Egipto será desparramado'. Y así fue. El gitano influyó todos los puntos de Europa que abrieron alguna vez la puerta al Oriente: Rusia, Hungría y España, sobre todo. Por eso se le llama Tsigane en Rusia y Hungría, Bohemio en Checoeslovaquia, Calé en España y Cíngaro en Italia (lo cual se parece a 'húngaro'). Otros especulan que 'Cíngaro'

viene de 'Saringhi', que era el nombre que los Banthus de la India le daban al violín".

"¿No sabe cuál es la cronología de esa historia?"

"Dios creó al hombre y a la mujer y luego para adornarlos creó dos gitanos (hombre y mujer también). Se dice que llegaron entre los siglos XIII y XIV a Europa, en carros pintados de rojo, verde, amarillo y negro con muchas serpientes. Mi nombre 'Sarpengro', significa 'el dueño de la serpiente'".

Lo demás son historias legendarias. Se dice que el Rey Sigismundo de Hungría les quitó todo lo que poseían y los condenó a siete años de peregrinación fuera de Hungría (una forma diplomática de expulsarlos).

María Teresa de Austria, a mediados del siglo XVIII, los declaró 'demasiado felices', los denominó 'los nuevos campesinos' y en su deseo de integrarlos al país, hasta les pagaba para que se casaran con gajos (no gitanos). Llegó a regalarles casa y vacas. Los gitanos dormían en sus carros y ponían a las vacas en las casas regaladas. Impredecible orgullo gitano. El alma del maestro de la vida que es capaz de perderse con tal de transmitir su mensaje. Por eso preferían cantar con guitarras y violines.

Franz Liszt quiso 'integrar' a un gitano con genio musical. Se llamaba 'Josie', muy arrogante e insolente, que terminó por irse y no regresar. Liszt le escribió una carta histórica (los gitanos guardan cartas de reyes y personajes importantes como sus mejores tesoros). Liszt le decía que le 'envidiaba el fresco y directo goce de la existencia' que tenía Josie.

Si usted escucha la música gitana verá que la melodía es secundaria. Hay silencios y ritmos extraños, notas superpuestas, florida elaboración del tema (aunque fueran temas tomados de otras culturas, como el flamenco español, las balalaikas rusas o las czardas húngaras). Muchos temas musicales entran en un frenético ritmo para terminar abruptamente y la sangre le queda a uno hirviendo en el silencio que sigue".

"He escuchado esa música. Es excepcional".

"Una leyenda gitana dice que un joven se enamoró de tal manera de una muchacha, que cuando esta lo rechazó, el fue a ver al diablo. El diablo le dijo al joven que la muchacha se entregaría a él si el joven le entregaba a toda su familia. El joven dijo que sí. El diablo hizo un violín usando al padre como palo, a la madre como caja y a los hermanos como cuerdas. El violín quedo en el bosque y lo encontró un niño gitano en un día de sol. El niño gitano se puso a tocar jugando, sin saber lo que

hacía y un campesino gajo que estaba tomando un vaso de agua, al escucharlo, se emborrachó".

"Esto parece una parábola religiosa. ¿ Cuál era la religión de sus padres?"

"Ellos se denominaban católicos, pero adivinaban la suerte, creían en la reencarnación, le rezaban a Santa Sara, y el Papa valía para ellos menos que una papa. Mis abuelos todavía vivían el cristianismo puro. No tenían propiedades y no sabían dónde iban a estar al día siguiente.

Me comentaba mi madre que cuando estaban en Alemania, ella les preguntaba a dónde iban (cuando comenzaban a empacar). La respuesta de mi abuelo era invariablemente esta: 'A donde nos lleve Dios, porque somos como el viento, no sabemos de dónde venimos ni a dónde vamos; hoy estamos y mañana no estamos'. Filosofia gitana. Filosofia cristiana".

"Pero la moral no era cristiana". - Le dije esta vez francamente indignado-

"Igual que la nuestra. Mi abuelo me dijo poco antes de morir que Dios estaba dentro mío. Me dijo que no creyera que Dios escribió un testamento antes de morir porque nunca había muerto y que El vivía en mi corazón. Me dijo que no hiciera ningún esfuerzo para robarle nada a Dios

ni que me arrastrara hacia El con culpas y oraciones escritas por seres humanos. Me dijo que Dios me había perdonado antes de nacer y que todo lo de Dios era mío, porque no había separación entre Él y yo.

Me dijo que el cubo (que en nuestro juego de cartas Tsigane significa el diablo) iba a terminar con todos los cristianos (es decir, los gitanos). El cubo terminó con los gitanos. El cubo se llama 'televisor'. No olvidemos que la computadora usa al televisor. Los gajos (los no gitanos) siguen construyendo más y más cárceles, más y más prisiones, cada día hay más computadoras y administradores, cada día hay más orden, más instituciones, más leyes, más actividades, más cosas para hacer. Los mejores gajos hacen cosas buenas, pero se olvidan de ser buenos y siguen queriendo ser solamente 'mejores'. Por eso tanto horror creciente. Por eso el creciente desorden. Si usted no es bueno, lo que haga no sirve, aunque sean 'cosas buenas'. Cada día mejora la tecnología y los hombres trabajan cada vez más por menos dinero".

"¿Es usted bueno, Zharko?" -Le pregunté desafiante-

"Yo soy el que soy. Soy el dueño de la serpiente (Sarpengro!), y por el sólo hecho de haberme apoderado de ella, en vez de dejarla libre, me hizo caer del Paraíso".

"No haga poesía o metáfora. ¿Que propone usted?"

"El espíritu humano no puede encerrarse en una casa, un monasterio, una cárcel o un cuartel, organizarse en una iglesia, orientarse en un partido político, satisfacerse con las respuestas concretas de la ciencia ni morir en la virtud recetada y computada. El espíritu humano florece en la playa, reza en silencio y sin saberlo, bajo las estrellas (cuando uno ha dejado de ver televisión para siempre), se alegra en la solidaridad de la cooperación espontánea, sin demasiado orden ni planeamiento, cuando uno se siente uno con todos los seres humanos. Nuestro espíritu entiende mejor en el Logos que con la lógica.

La virtud mayor del espíritu es dejarlo tranquilo y solo para que queme nuestro egoísmo y nuestra profunda e inolvidable pena...y aquí está usted, doctor, queriendo saber el futuro del amor".

-Hizo una reverencia burlona y se despidió con un ostentoso "buenos días". Luego se disculpó diciendo que era la hora del almuerzo. Yo salí rápidamente después de dejar, sin pensar en nada, los veinte dólares que creí le debía. El no me los pidió.

Estaba cerca del mar. Camine mucho por la playa. Había innumerables muchachas exponiendo sus cuerpos exhuberantes, su piel brillante de aceites, sus pequeños trajes de baño. Me miraban, porque no había planeado

estar en la playa y yo era el único hombre vestido de calle en toda la playa caminando junto al mar.

Deseaba desear esas muchachas. Pero el deseo de desear venía de mi profunda tristeza. Estaba triste porque me di cuenta que quería saber el futuro del amor. Además sentía desgarradoramente la ausencia del amor en mi.

LA ÚLTIMA CONSULTA

Recibí una llamada de un médico de una base militar solicitando mi consulta como médico pediatra especializado en niños y adolescentes, con el objeto de evaluar las tendencias suicidas de dos niños de una misma familia de esa base militar.

El colega quería saber si estas tendencias suicidas infantiles eran legítimas o meramente una imitación de las mismas tendencias que había mostrado la madre de ambos en los dos últimos años.

Dado el carácter de emergencia de la situación, vi a esa madre a la hora del almuerzo, ese mismo día, con el objeto de iniciar la evaluación de los niños.

Era una mujer agradable, que vestía casualmente y se mostraba muy ansiosa. Hablábamos en inglés y el acento sureño -de los Estados Unidos- la volvía de alguna manera más atractiva. En el intenso contacto ocular había solamente un aire de abandonada desesperación. Poco después de sentarnos frente a frente, y sin esperar mis preguntas, comenzó a hablar precipitadamente:

"Usted sabe señor por qué estoy aquí. Mis hijos han comenzado a hablar de suicidio y estoy aquí. No sé cómo, no sé por qué, cuando tendría -quizá- que haberme suicidado yo misma.

Mi esposo y yo somos del estado de Oklahoma y nos casamos poco después de que él ingresó en las fuerzas armadas. Él no consultó conmigo pero, aunque yo tenía mis dudas, no resistí demasiado. El quería seguridad y tranquilidad, y pronto me convenció que esa era la mejor manera de obtenerlas.

Pronto comenzaron los cruceros, que significan la ausencia del padre por tres, cuatro o seis meses, y -a veces- ni siquiera llegan cartas porque los hombres son destinados a lugares secretos. Yo comencé a tener miedo de noche y a volverme más irritable y, por supuesto, los niños pagan por esto ya que yo me volví mas abusiva con ellos.

Comenzaron a llegar ciertos chismes a mis oídos, de boca de tres esposas, que afirmaban que en los viajes por el Pacífico, los barcos militares son prácticamente abordados por prostitutas indígenas. La idea resultaba sumamente desagradable y eso me volvió muy sospechosa con respecto a mi marido, y fue como fui perdiendo la fe poco a poco. Comencé a beber vino por las tardes y luego por las noches antes de acostarme, y a pesar que nunca tomé drogas –excepto, de vez en cuando,

algún tranquilizante que me recetaba el médico de la base... la ingesta de alcohol aumentaba poco a poco.

Yo me mantenía al principio en buena parte, con las cartas periódicas de mi marido, aunque fueran cortas, pero cuando se suspendió el correo por un tiempo bastante largo, no solamente comprendí la angustia del aislamiento, sino también el hecho que no llegaban los cheques con el dinero para sobrevivir. En algunos momentos también conocí la angustia de la falta de dinero.

Siempre quise ser enfermera y había comenzado esos estudios en mi estado natal poco antes de casarme. Mi casamiento y luego la mudanza determinada por las fuerzas armadas, hizo que no pudiera encontrar una escuela de igual categoría en la nueva localidad donde me había radicado. Había una escuela a la cual había que viajar un poco más de una hora, que no era de la misma calidad que la escuela en la cual yo había comenzado mis estudios, pero -sobre todo- no había tampoco posibilidad de asistir porque -en aquel entonces- no podíamos pagar un automóvil. Por otra parte, cuando había comenzado a ponerme en contacto con la escuela original de enfermería, y a obtener la transferencia de mis calificaciones y antecedentes a la nueva escuela, las fuerzas armadas determinaron una nueva (segunda) mudanza para nosotros.

Eso constituyó seguramente una severa fuente de frustración para mí, pero el hecho de mudarnos por segunda vez -y por encima de todo lo que nos costó en dinero- tuvimos que perder amigos que habíamos hecho. En el nuevo lugar yo me encontraba con dificultades para hacer nuevos amigos, sobre todo por temor a perderlos nuevamente, con una tercera mudanza. Eso realmente ocurrió poco después (tercera mudanza). Comprendí que los amigos se volvían más difíciles de hacer y más fáciles de perder.

Los niños pasaban de una escuela a otra con una facilidad enorme y las dificultades académicas también aumentaban para ellos. Para ellos también se volvía difícil hacer nuevos amigos. La gente, indudablemente así como los niños, encuentra que es sumamente amenazante hacerse amigo de gente en las fuerzas armadas, sabiendo que están propensos a frecuentes mudanzas".

-Le dije que la entendía porque yo había perdido amigos en la guerra civil Argentina. Sin escucharme continuó rápidamente:

"También comprendí que mudarnos frecuentemente hacía que se rompieran los muebles que yo había elegido con tanto cuidado, y pagado con tanto esfuerzo.

Nos transformamos en verdaderos gitanos, con la diferencia que los gitanos se mueven en comunidad y mantienen sus amigos y sus valores.

También aprendí que vivir en bases militares es vivir de manera aislada con el resto de la comunidad, sobre todo cuando uno (al principio de todo esto) no tenía automóvil.

Después de mi tercera mudanza -y no solamente por los chismes a los cuales me referí antes- yo había perdido por completo la esperanza y la fe. No solamente la esperanza y la fe en mi esposo, sino también algo así como las expectativas básicas que uno tiene de la vida misma. Me había vuelto una escéptica en el mal sentido de la palabra.

Cuando mi esposo comenzó su cuarto crucero por un periodo de siete u ocho meses, un crucero que ocurrió durante las navidades que tuvimos que pasar a solas, me di cuenta que existían en la base, hombres solteros que vivían en sus propias barracas, y de allí a establecer amistad con uno de ellos hubo solamente un paso. Los niños ya habían crecido, necesitaban menos cuidado, y yo seguía escuchando los chismes de las Islas Vírgenes y los marinos, y sentía la necesidad de vengarme, así como de pasar mis noches en compañía.

Pronto, y sin darme cuenta, me encontré que estaba viviendo en mi propia casa, intermitentemente, con uno de los marineros solteros. Los niños estaban confundidos, pero mi confusión también era tan grande -y a pesar de toda mi culpa- yo continuaba en ese nuevo estilo de vida.

Mi esposo no tardó en escuchar -a través de los marinos del barco, por las cartas que los otros marinos recibían de sus esposas- que yo estaba viviendo con este marinero. Las cartas de mi esposo comenzaron a reducirse en frecuencia, lo cual complicó la situación.

Posiblemente en aquel momento yo hubiera tenido que haberme puesto en contacto con un psiquiatra, pero traté de escapar de mi incipiente desesperación fantaseando diferentes formas de suicidio y también comencé a realizar algún trabajo voluntario dentro de la comunidad militar.

Desgraciadamente, me encontré que las otras damas -que hacían trabajo voluntario- mantenían, por transferencia de sus esposos, las mismas jerarquías. Allí conocí lo que es el elitismo, lo que es el status de pertenecer a un esposo con mayor grado militar, y también la humillación que para mi significaba todo eso. Mi trabajo voluntario no me hizo sentir bien, ya que todos estos sentimientos ocupaban un primer plano.

Me pregunto si los seres humanos son incapaces de hacer cosas como amigos, sin jerarquías, por el gusto de hacerlas y nada más.

Un día ocurrió algo que yo había terminado por no desear, algo que yo había terminado por no esperar. Mi esposo regresó. Me encontré con un extraño. Nosotros habíamos comenzado un nuevo estilo de vida y él no podía tolerarlo. En primer lugar procedió a confirmar a través mío los chismes que había recibido en el barco sobre mi vida con un marinero soltero. Yo no pude mantener el secreto porque mi culpa y mi vergüenza habían llegado a un estado casi supremo. Mi esposo me golpeó, en un ataque de celos, y desde allí en adelante comenzó a ejercer una autoridad agobiante sobre mí. De manera sorprendente también vi que se había vuelto más y más dependiente de mi, y cuando en un momento le propuse divorcio, se arrojó a mis brazos llorando. Ese hombre que pretendía ser mi jefe absoluto, que había llegado a golpearme, también podía llorar en mi hombro rogándome que no lo abandonara. Sin embargo, después que esto ocurrió, posiblemente como un esfuerzo por compensar su auto-humillación, se volvió más y más exigente conmigo. Fue, creo , en estos momento que los niños comenzaron a hablar de suicidio. Yo había dicho, en algunas oportunidades, que prefería matarme antes que vivir de esa manera, pero nunca pensé que los niños pudieran imitarme en eso.

En estado de franca desesperación consulte con un médico de la base que me recomendó verlo a usted.

Como ve, estoy confundida, desesperada, no sé realmente qué hacer, y estoy sobrecogida por la culpa y la vergüenza.

Como si todo esto fuera poco, mi hijo mayor fue sorprendido realizando un acto sexual con un niño de su mismo sexo, bebiendo cerveza y fumando marihuana. Ha sido expulsado de su escuela, y ninguna escuela de la zona quiere readmitirlo. No podemos mudarnos para que vaya a otra escuela, porque tenemos que esperar que las fuerzas armadas determinen nuestro destino, y tanto podemos permanecer aquí indefinidamente, como recibir una orden de traslado mañana mismo".

-Yo dejé pasar varios minutos en silencio para permitirle que elaborara tranquilamente tanto detalle trágico, vertido tan apretada y ansiosamente.

Intentó continuar en varias oportunidades, cada vez que su propia ansiedad veía al silencio como intolerable, pero yo -con un gesto manual suave- la persuadí a que nos mantuviéramos callados.

Pasamos unos cinco o seis minutos en silencio. Ella miraba el suelo y yo miraba por la ventana la palmera de Miami absolutamente quieta bajo un sol muy intenso. La

palmera no parecía una cosa viviente. El pájaro, como un punto negro siguiendo una línea horizontal perfecta, se perdió en la forma de la palmera. Pronto se le unió su pareja. Parecía que el sol se movía con los pájaros entre las ramas. Le pregunte:

"¿Por que vivimos de esta manera?"

-Ella sollozó un poco más, antes de quedar muy quieta, y con la mirada fija en el suelo, apretando un pañuelo húmedo de lágrimas con ambas manos. Me dijo en voz muy baja, apenas audible:

"Supongo que todo viene desde que mi esposo comenzó a pensar en un trabajo seguro y tranquilo, para darle seguridad en el futuro a la familia que quería formar conmigo. Ni él ni yo sospechábamos que toda esta tragedia sin nombre podía ser posible. Para colmo, él no quiere ver ningún psiquiatra. Piensa que debemos solucionar todo a solas. El dice que alguien debe ocuparse en procurar la seguridad, el orden y la tranquilidad de la patria. Supongo que es así... supongo".

-Continuamos en silencio. Todo uno resonaba con su angustia y con la pena misma de la humanidad. El observador se había disuelto en el intenso movimiento del momento.

Esa noche, después de haber esperado cuatro años, decidí regresar a la Argentina y ver a mis dos hijos.

EL ENCUENTRO

Cuando la vi no pensé que sus intenciones fueran lo que fueron. Me dijo que quería regresar.

Le dije: " ¿No recuerdas que han pasado ya cuatro años?".

Me miró un poco sorprendida. Parecía que realmente hubiera perdido la noción del tiempo y que esos cuatro años no hubieran pasado para ella.

Me dijo que ella sabía que ella era la mujer de mi vida. En ese momento sentí como ganas de reírme mezcladas con ganas de llorar. Había dicho una mentira que, sin embargo, hubiera podido ser verdad dos o tres años atrás. Aproveché entonces para aclararle nuestra situación.

Le dije que ya habían pasado cuatro años, que aunque estaba solo no la podía recibir, y que las cosas se habían degenerado en nuestra relación como para que ya no pudieran considerarse una relación. Lo que me sorprendió fue que comenzara a llorar. Con todo lo que me habían dicho los psiquiatras, que una persona con su diagnóstico no podía tener sentimientos, no podía ponerse en los zapatos de nadie, no podía pensar más que en sí misma, era sorprendente que esa muchacha estuviera llorando allí.

Lloró unos cuantos minutos, no demasiados, porque parece que creía que tenía que reponerse pronto de su llanto. Entonces aproveché para decirle: "¿Por qué lloras?"

Se quedó en silencio. Yo un poco embarazado le dije que cuando uno llora, uno llora por muchas cosas, uno nunca llora por una sola cosa. Entonces quedamos largo rato en silencio. Era obvio que esa persona que estaba allí no tenía nada que ver con el diagnóstico que me habían dado los psicólogos y psiquiatras. Era una persona. Yo realmente no sabía qué diablos hacer. Creo que ella tampoco.

Ella dijo que soñaba ser la compañera de un hombre que tuviera completo cuidado de ella, que la protegiera completamente, que ella tenía la necesidad de hacer lo que se le daba la gana y vivir con un hombre que pudiera aceptar que ella hiciera lo que se le diera la gana. A pesar de mi confusión en aquel momento, muy rápidamente pude contestarle que entonces ese hombre no era yo, que se había equivocado en la elección.

Me dijo que podíamos hacer una buena pareja y que tanto yo como ella éramos dos genios. Yo quizá tendría que haberme sentido halagado, pero, parece que estaba como vacío de energía y no podía emerger en aquel momento ninguna reacción emocional.

No había miedo, no había tristeza, no había rabia, había simplemente un alelamiento global.

Terminé diciéndole que a pesar de ser dos genios habíamos hecho de nuestra relación un perfecto desastre. No quise decirle nada de los hijos, pero insistí en que de un desastre no podía salir nada bueno.

Me dijo que todavía había esperanza, pero yo le contesté que sí, que había esperanza para ella, para mí y para los dos hijos, pero no para nosotros dos viviendo bajo el mismo techo. Ella me pidió que la llevara a algún lugar para que tomara una cerveza, a lo cual accedí. Y allí estábamos nosotros tomando cada uno una cerveza. Creo que era el Café Dogas de Rosario, Argentina.

Era para sorprenderse, porque tanto yo como ella no habíamos bebido jamás alcohol. De pronto vi que Linda se espantaba; cambió su rostro y se puso súbitamente tensa, con una expresión de horror franco. Junto a mí se había plantado un perro callejero negro, de mediano tamaño, seguramente acostumbrado a los festines que compartían con él los clientes del bistro, con mesas en la vereda y al aire libre.

Linda comenzó a hablar con una voz solemne y rígida:
"El dragón pondrá sus huevos y se comerá a la gallina de los huevos de oro. Los conspiradores regresan con sus perros amaestrados para comerme pero tengo el

poder para destruir tanto a los conspiradores como a los perros caníbales".

Creo que yo estaba comiendo maní, pero se me había secado la boca instantáneamente en esa fusión de la realidad que se me presentaba ahora y aquella representación de la memoria que hablaba de la misma manera y que también se llamaba Linda.

Sin embargo, pocos minutos antes Linda hablaba el lenguaje común a todos los argentinos, el lenguaje de la realidad familiar y convencional de todos los días. Ahora mismo Linda, como una marea baja, se retiraba hacia un océano aterrador de palabras extrañas e incoherentes, un océano que murmuraba en la noche de la sospecha, el miedo y la tristeza.

En ese océano nocturno se aislaba Linda en una realidad exclusivamente suya y que la excluía de los demás. La realidad propia de Linda tenía que ver con su forma, con los códigos de la memoria genética, con las experiencias que solamente ella había vivido y que era imposible compartir con el mundo de la realidad común y cotidiana.

El perro para mí era un simpático alivio de este nuevo horror que Linda representaba. El perro era para Linda un ser infernal entrenado y dispuesto para comerla viva.
Volví en mí y le dije:

"Linda, no hables así, cualquiera diría que te estás volviendo loca".

Desde mi más profunda cobardía intenté conspirar con ella en aquella realidad de horror:

"Si es cierto que alguien quiere hacerte comer por algún perro, tienes que guardártelo, de lo contrario te pones más en peligro. No digas esas cosas, escríbelas y dámelas, pero si crees que yo puedo ser otro conspirador, simplemente quémalas. Escribe notas de tus sospechas y así te vas a liberar de ellas".
Yo hablaba el español de Miami, no el español argentino.

Era yo el que quería librarme del horror de aquella otra realidad de Linda. Y al hacer eso estaba preparando el terreno para que futuros psiquiatras tuvieran más dificultades en hacer el diagnóstico.

Apelé a una tercera realidad, la realidad trascendente, aquella que estaba más allá de la realidad cotidiana y de la realidad exclusiva de Linda:

"Vos me leías las poesías de San Juan de la Cruz y el evangelio de Juan Boanerges, el hijo del trueno. ¿Te acuerdas cuando comentábamos a Francisco de Asís y él decía: 'deseo poco y lo poco que deseo lo deseo poco' ?".

Pero claro, aquella realidad era demasiado remota tanto para Linda como para mí.
Linda encerrada en la realidad patológica que le hacía temer que un perro se la comiera y yo acorralado en el miedo a perder la mediocre realidad cotidiana de la cerveza, el maní, la televisión con sus noticieros farsantes y sus deportes paralizantes de inmensas multitudes, la seguridad del consultorio y la medicina de los papelitos y las tabletas. El miedo de Linda terminaba en los dientes de un perro. El mío tenía tregua diariamente en el corral de mi consultorio.

"¿Te acuerdas Linda, que Juan dijo que donde hay temor no hay amor?" -Tragué el maní reseco-

"Juanjajá" -dijo secamente Linda-

Intenté nuevamente escapar hacia la tercera realidad para evitar la nuestra, que parecía deshacernos:

"Tenemos que recordar a hombres como Lao Tsé, Sócrates, Buda, Jesucristo, Juan, Jiddu Krishnamurti..... ¿Qué es lo que nos han querido transmitir?

"Nada más que mentiras, como las de todos los varones haraganes" -sentenció ella mientras bebía un sorbo de cerveza-

Parecía más calma, aunque se notaba su cuerpo acorazado y erecto en la silla, mirando sin ver el sol sobre los altos edificios y el cielo azul del atardecer.
El perro se había ido y solo Linda se había dado cuenta.

Le dije que los Estados Unidos nos habían cambiado bastante, pero ella no contestó, estaba lagrimeando pero en silencio. Yo quedé en silencio con ella, mirando la calle, escuchando las bocinas, el sol y el cielo azul de Rosario, Santa Fe, Argentina, como si fuera un lugar desconocido. Era como si Rosario no hubiera sido el lugar donde yo había vivido quince años. Me parecía que estaba naciendo en aquel preciso instante a una experiencia completamente nueva.

Me dijo antes de separarnos: "Cuando me di cuenta de lo que hice ya era demasiado tarde. A veces quisiera arder bien lejos, muy alto y a obscuras en medio de la noche, como si fuera una estrella, creo que sería la única manera de terminar con todos los recuerdos torturantes".

La marea regresaba buscando el contacto, pero sin duda el agua ocultaba todavía ese abismo infinito que sostenía un océano de horror.

TE RECUERDO MUJER

Te recuerdo mujer,
recuerdo el tiempo en que las canciones
eran para ti.
El pesado tormento de ir a la oficina cada mañana
era para ti,
tener una casa y una cómplice cuenta bancaria
eran para ti.
Por suerte quemaste la casa y las canciones
y quedé, por el momento, libre de todo ;
libre en mi trabajo y en mi ocio
libre en mis relaciones
libre con mis canciones
que canto con mi voz de triste toro
libre de ir y venir
y gritarle al mundo sus horrores a mi modo.
Algún día si tengo vida
y si tenemos vida
subiré a los techos
para hacer flamear la bandera
que termine con todas las banderas
y con todas las islas.
Subiré y gritaré que el mundo es uno
y que todos nosotros somos uno.
Y luego bajaré y me mezclaré con todos
pero no como los promiscuos y los codiciosos
sino como los dignos y los buenos
como los simples y los sanos

como los que no temen abrir su corazón
y sus ojos.

PASADO MUERTO

¡Cuántas esperanzas en el mal lugar!
¡Cuánta desesperación salvadora!
¡Cuántas cosas hermosas perdidas!
Hasta esta nada que lo es todo.
Esta nada permanente e impermeable
esta nada más fuerte que el amor
esta nada flexible y maleable
que puede estar hasta en una canción.
Cuántos pedazos dispersos de la vida
que son sólo unos trozos de recuerdo
toda la muerte ha sido renacida
y en el instante el pasado ya está muerto.

CON EL TELÉFONO

Esa noche hablé con Abelardo (larga distancia). Le sorprendió mi llamada. Apenas me identificó me lanzó un alud blanco de palabras:

"Mirá, se cansó tu mujer de vos y se piantó. No hagás del caso nada muy complicado. El cuento de la esquizofrenia dejáselo a los psiquiatras, que ni ellos saben lo que es. Se cansó, se piantó y anda montando vergas duras por todo el país. Hacélo simple. El cuento de la esquizofrenia ni vos mismo te lo tragás, pero te gusta para poder creer que únicamente estando loca una mina puede abandonarte.
Vamos Cacho, andá a cantarle a Gardel.

¿Cuándo venís y nos comemos un asado con cuero a la criolla, con vino del pueblo, vino Don Goyo? Así te olvidás de las minas, de la esquizofrenia y de Estados Unidos, aunque sea sólo por un domingo".

-Dejó de hablar y sólo quedó mi silencio abrumado...

"Che, Cacho, despertá ¿o es que el don Goyo ya te lo tomaste?"

Con una voz seca que no me reconocía le dije que no podía tomar en chiste la tragedia familiar que yo había vivido.

"Ma, qué tragedia familiar. Se cansó, se piantó y se está buscando otro macho. Hacélo simple. Che, Cacho despertá. Hacélo simple".

Le dije: "Es que si lo hago simple tengo que ver lo absurdo de nuestra existencia sin vida y termino preguntándome si hay asado con cuero y vino Don Goyo en la eternidad ".

Se rió. Es uno de los pocos que se ríe con mis chistes.

Me dijo: "Tengo que cortar. A mí mi mujer todavía no me dejó y me está llamando. El asado con cuero está aquí en Santa Fe, en mi casa, el domingo que viene. Si no venís, embromáte. Chau Cacho ".

En los días siguientes caminé mucho por Rosario, a solas. Entraba por calle Córdoba buscando el río hacia el este, hasta que llegaba al inmenso monumento de cemento, con su llama siempre ardiendo. No quise hospedarme en casa de familiares o amigos. Era un momento para la soledad y ese momento parecía no tener final. Fue meditando sobre la soledad que llamé a la madre de Linda, cuyo nombre es precisamente Soledad.

¿Usted también cree que soy un monstruo? le pregunté por teléfono.

"¡Sos vos Cacho!"... hizo una larga pausa de silencio que me obligó a preguntarle si estaba todavía allí. "Sí, claro... es que..., realmente no me importa si sos o no un monstruo. Todavía estoy sufriendo por la muerte de tu suegro Francisco y lo que le está pasando a Linda me tiene muy confundida".

"¿Piensa usted como yo lo hice, que es mejor que la gente muera, antes que se deseque, se malogre y se adultere como Linda ?"

"No Cacho, no estoy diciendo eso. Simplemente quisiera saber qué hacer con ella, qué decirle.... parece que todo lo que digo le cae mal, ella cree que todo lo que hago es para hacerle daño... es terrible y difícil..."

Allí quedamos ambos, atados a los teléfonos por el llanto convulsivo de Soledad. El silencio abarcaba el llanto. No había otra cosa. Y yo no podía apartar el receptor del oído y simplemente colgar.

CARNE ASADA

Cuando Abelardo me preguntó cuánto tiempo hacía que no nos veíamos, le dije: "Hace un millón de años".

"Pasaste por mucho mal trago" -dijo-

"Mucho... casi cinco años seguidos de tragos amargos".

-Hubo un largo silencio. La esposa de Abelardo iba poniendo carbón bajo la parrilla de marco de ladrillos en un rincón del patio. Salía humo mientras preparaba el fuego con carbones. Luego comenzó a disponer los trozos de molleja, chorizos y 'vacío' de res sobre la parrilla. Estaba preparando el trabajo del varón: asar la carne. Consciente de nuestro silencio, nos dejó solos enseguida. Tenía que cuidar a otra hija recién nacida.

Abelardo y yo estábamos sentados a la mesa bajo la parra, a la entrada del patio de tipo italiano. Las uvas pequeñas y violetas se arracimaban rígidamente entre grandes hojas agitadas por la brisa. Estaba terminando la mañana soleada del domingo. Abelardo apuntó hacia la casa donde estaba su esposa y dijo:

"Ella acaba de llegar de misa. Yo hace siglos que no piso la iglesia. ¿Y vos Cacho?"
No quise recordarle aquel telegrama que me había enviado diciéndome que mi lugar estaba junto a mi

familia. No quería enfatizar las disociaciones sino las afinidades. Le dije que los ritos y las palabras ya no me llenaban, que a veces me exasperaban por su insignificancia.

"¿Qué quería decir Linda cuando me decía 'te amo'?" -le pregunté-

"Ah, no sé che. Preguntále a ella". -Dijo Abelardo con seriedad forzada en el intento de hacer reír-

Le reproché que tomara en broma todo. Le dije que necesitaba hablar con él. Hizo un silencio gentil, como invitando mi monólogo. Yo comencé a imaginar cómo iba a explicarle los sueños de Jesucristo que había tenido, no los había comentado con nadie. Que Jesús me miraba sin hablarme y que yo me despertaba con palpitaciones y sediento de aire. Decidí no decirle nada de Cristo.

Le dije: "Había una pareja de vecinos ancianos que vinieron a verme cuando vieron que murieron los gatos y las plantas y me llevaron a su iglesia. Me gustaba estar con ellos. Eran personas muy espirituales. Nos tomábamos de las manos, rezábamos y sonreíamos. Parecíamos todos estatuas de cera, imitando el gozo espiritual, imitando la amistad". Terminé diciéndole que era muy duro estar solo.
"Vos estabas solo o creías que estabas solo y en vez de ver esa sensación de soledad (esa fantasía) estabas lleno

de miedo a la idea de estar solo. Por eso te metiste con una desgraciada como Linda y por eso te sentías perdido y andabas como un boludo, pajeándote con el espíritu y los espirituales".

-Se acercó a la parrilla para avivar el fuego y dar vuelta las mollejas.

"Esta es tu gran oportunidad Mauricio, para dejar de ser un tonto boludo y para dejar de andar buscando gente desgraciada o boluda. Si yo te dijera que te voy a vender el sillón de la presidencia Argentina estoy seguro que no me lo comprarías, tendrías una o dos dudas. Pero si te dijera que te voy a vender un terreno en el paraíso o un mantra hindú o alguna fantasía tibetana o japonesa, casi jugaría dinero que me los comprarías a todos".

-Le dije que estaba simplificando, pero no me dejó continuar...

"Mirá tus ilusiones y tu miedo Mauricio y quedáte bien libre como un pájaro en el cielo, como un águila que mira lejos... Salí del surco del buey y date cuenta que lo que te tiene al yugo es solamente tu miedo a ser libre y tu miedo a la idea de estar solo. Ni siquiera sabés si la soledad existe o no. Cuando se te vaya el miedo a vivir se te va a ir esa tristeza asquerosa que te conozco desde antes que conocieras a Linda. Cuando vivas sin miedo y sin tristeza,

ya Linda no podrá usarte, no habrá hombres ni dioses que puedan explotarte, engañarte y acorralarte".

-Dejó de hablar. Yo resistí la tentación de decirle que sentía ganas de llorar, porque me imaginaba su reacción. Me las arregle para quedarme en silencio por miedo a que volviera a arrostrarme su sana brutalidad.

En ese silencio vi claramente que yo no hablaba por culpa de la tristeza. También me di cuenta en silencio que yo estaba en silencio sólo porque tenía miedo de sus palabras. Mientras yo comprendía todo, lentamente, creo que iba sonriendo. El no dijo nada y volvió a la parrilla para buscar las primeras mollejas. Susurré: "Sos mi amigo".

El sirvió las presas en dos platos y gritó entre carcajadas: "Comé este manjar del campo y gozálo bien, antes que vengan tus vecinos espirituales y te lo prohíban".

Un poco más libre le dije: "Vos sos un gurú espiritual, pero todavía en estado salvaje..."

Comimos juntos bajo las hojas danzarinas de la parra. Sobre la mesa bailaban varios medallones de sol. Había brisa fuerte ....

BENDITO EL ALMA

¡Bendito el alma de la uva!
Que nos permite mirar sin ver,
que nos permite mantener las toreadas
y los boxeadores, los divorcios y los actores,
los ejércitos y las prisiones,
la policía y la televisión.
¡Bendito el alma de la uva!
Y los ladridos en el atardecer
y el silencio sin lluvia
y los niños que gritan sin enloquecer.

EN EL IDIOMA DEL SILENCIO

Como el río en su cauce
que muere por la boca en el mar
en el flotante idioma del silencio
-músculo espacial de la eternidad-
Así voy conversando con la vida
sin poderla ayudar,
así voy transitando por el tiempo
sin poderlo soltar.
Siento ganas de volver a la montaña
-rebeldía fluvial-
arrastrando el océano conmigo
y con él hasta el cielo remontar.
Es esta sensación de humano apenas

que no puede lo humano trascender,
es esta combustión de agua en la tierra
que no puede empezar a hacerse arder.
En el metal especular del sueño
he visto a Cristo pero sin hablar
en el flotante idioma del silencio
me fundiré soñando despertar.

R E L I G A N D O

Si me preguntas ¿cómo te ha ido?
¿qué tendré que responderte?
Que me ha ido bien,
que estoy bien sano,
que hubo adioses numerosos y sutiles adioses,
adiós al hermano, adiós al amigo,
adiós a la esposa, adiós a la amante,
adiós a la patria, adiós a la madre,
adiós a los hijos, adiós al padre
y adiós al Espíritu Santo.
Hubo adioses que me dieron esta nueva vida,
esta nueva vida en que me transformo
y en que habito.
No sé qué me volveré, así después de tanto adiós.
Sin querer recordar ya más nada
y sin querer olvidar,
sin querer.
¿Qué me volveré?

Estoy siendo un movimiento de estrellas y sol
y pájaros y grillos del verano y un adiós.
A veces dije un chau para cambiar de tono.
El árbol se mece en la brisa (allí estoy yo, y aquí)
Pensando en regresar y sin saber a dónde.

REENCUENTRO CON LOS NIÑOS

Quedé de acuerdo con Soledad en que ella me llevaría los niños al parque a las dos de la tarde. Hacía cuatro años que no los veía. El parque está en Rosario, frente al río Paraná. Llegue una hora antes y me quede mirando el río inmenso y marrón, con su enorme flujo, arrastrando camalotes y serpientes, brillando bajo el sol.

Pasó un niño en un triciclo-cajón, de esos con dos ruedas al frente y una atrás, gritaba: "chocolatada, chocolatada para una Argentina explotada".

Por hablar con él le compré una pequeña botella de leche con azúcar y chocolate. Le pregunte: "Qué es eso de una Argentina explotada?".

Me dijo: "¿No se enteró de las explosiones que hubo? Ayer pusieron bombas en una imprenta y en los laboratorios de medicinas Roche".

Su comprensión de la explotación era bastante concreta, pero más amplia que la de la gente en general. No me hizo caso cuando le hice las diferencias entre "explosión" y "explotación".
Se fue con su grito rimado mientras yo volvía a perderme en el brillo del río magnificente y el azul cielo de la tarde deliciosa.

A lo lejos vi a Soledad acercándose con los chicos. No me habían visto porque me tapaban algunos árboles. Venían cantando "levántate… pueblo ideal, al fuerte grito de... revolución social".

Sonreí. Recordé que el sueño de Soledad había sido cantar ópera. Podía cantar "O sole mío", "Mare Chiare" y otras canciones completas con una excelencia casi profesional, sin haber estudiado canto. También tenía ideas políticas de salvar el mundo, lo cual se evidenciaba en la canción que les había enseñado a los niños.

Los niños venían con un guardapolvo blanco, que es obligatorio en las escuelas argentinas, como símbolo de igualdad. Soledad me dio un beso en la mejilla y me dijo: "Te los dejo, regreso en una hora o algo así".

Juan traía una pelota de fútbol No. 3 un poco desinflada y como si me hubiera visto ayer, me invitó a jugar al fútbol. Tomás también insistió. Jugué un rato con ellos a la pelota y por suerte los lentes oscuros me ocultaban las lágrimas. Los veía desnutridos y tristes, apagados de ánimo y con poca vitalidad.
Cuando se cansaron y comenzaron a toser y toser sin parar, los invité a que nos sentáramos a la sombra de un inmenso "paraíso", un árbol común de la zona.

Tomás me miraba como quien intenta reconocer a un viejo amigo que ha cambiado mucho.

"¿Vos sos mi papá?"

"Sí hijito mío. Yo soy tu papá. Hace mucho tiempo que no nos vemos y entonces no te acuerdas bien de mi. Tu nombre es Tomás Azcárraga Mutti, pero como es más difícil decirlo así, te dijeron que eras Tomás Mutti. Ahora que eres mucho más grande, ya puedes decir tu nombre completo: Tomas Azcárraga Mutti".

Intentó repetir el nombre sin mucho éxito, porque se le mezclaban los acentos argentino e inglés.

"Papito, yo voy a seguir diciendo Tomás Mutti, es más fácil".

"Así es Tomás, es más fácil, pero la ley de los hombres dice que tu nombre es el de tu padre y el nombre de tu padre es Azcárraga".

"Papito, ¿Te acordás de aquellos muñequitos de la guerra de las galaxias? Yo me iba a la cama y jugaba con ellos, ¿te acordás?".

Eso fue para mí inesperado. Ensimismado en el propio dolor, jamás pensé en las numerosas pérdidas que habían sufrido mis hijos.

Primero perdieron su país natal, sus amigos y sus abuelos. Luego perdieron a su padre mientras la madre dejaba nuestro hogar con ellos, así como sus amiguitos de los Estados Unidos. Habían perdido a la madre que conocían y debieron adaptarse a una nueva persona (la madre enferma) y re-adaptarse a la Argentina. Pero claro, habían perdido sus juguetes y esa herida seguía sangrando.

Le dije: "Me acuerdo Tomás. ¿Y qué haces ahora que no los tienes?"

Me dijo: "Cuando me voy a la cama juego con ellos, pero los hago en el aire. Ellos no están allí, pero yo creo que están".

"¿Y mi tren de madera, por qué no me lo trajiste?"

"Te contaré Tomás. Cuando ustedes se vinieron yo me quede muy triste y solo en casa. Estuve mucho tiempo sin entrar a la habitación de ustedes, creo que un año casi, el día que me atreví a entrar me encontré con una bacinica con la caquita de ustedes muy seca que ya no tenía ni olor. Y allí arriba de la cómoda estaba tu tren de madera. Yo ya me había olvidado del tren y cuando lo vi me acordé de todas las veces que habíamos jugado juntos con el tren. Me dieron ganas de llorar, pero antes de empezar a llorar salió una viuda negra por una ventanita

del vagón. Era una araña espantosa y muy negra. Lo primero que hice fue tirar el tren al suelo y la viuda salió corriendo y la perdí de vista. Después, me acosté en la cama de Juan. La cama todavía tenía el olor de él. La cama estaba sin hacer. Ustedes saben que mamita salió muy apurada de casa, no hubo tiempo de lavar la ropa, ni hacer las camas y las sábanas todavía tenían el olor de ustedes dos".

Tomás dijo: "¿Qué es una viuda negra papito?".

"Una viuda negra es una araña espantosa y venenosa que vive en California y en México y en otros lados. Todos la conocen, porque se casa para tener hijitos y cuando los tiene se come al marido".

"¡¿Se come al marido?!" -gritó Tomás incrédulo-

"'Se come al marido', le dije suavemente, meditando en los misterios de la existencia. Se come al marido para cuidar a los hijitos".

Juan intervino: "¿Y el marido no se defiende, no pelea?".

Le dije: "No pelea porque sabe que dejándose comer, la viuda va a tener fuerza para cuidar a los hijitos".
Juan dijo: "Cuando venga la revolución social las viudas no se van a comer a los maridos. Los dos van a tener

comida y los dos van a poder cuidar juntos a los hijitos y todos van a vivir más felices".
Riéndome le pregunté: "¿Quién te dijo eso de la revolución social?".

"La abuela Soledad. Ella me enseñó muchas canciones de Larralde y de la Revolución de Nicaragua".

Interesado en saber qué sabía Juan, continué la conversación: "¿Qué canciones? ¿Qué es eso de la revolución de Nicaragua?".

Juan, contagiado del fervor de su abuela me dijo: "Es la revolución de Cristo en la tierra: todos se ayudan, nadie piensa solamente en el dinero, todos comparten el pan y todos viven felices como amigos".

Yo me reí mucho y le dije: "Juan eso es tan lindo que parece que nunca va a ser verdad".

Me preguntó: "¿Querés que te cante una canción de la revolución?".

"Si". -Le dije sinceramente interesado-

Juan se paró y se puso a cantar a la sombra del paraíso, en aquel delicioso parque junto al río Paraná:
"Yo creo en vos compañero,
Cristo humano,

Cristo obrero,
de la muerte vencedor.
Con tu sacrificio inmenso
engendraste al hombre nuevo
para la liberación.
Vos que estás vivo en el rancho,
en la fábrica,
en la escuela,
creo en tu lucha sin tregua
creo en la liberación. (Juan levantaba la voz y desentonaba, pero siguió cantando muy serio)...
Creo en vos....
arquitecto, ingeniero, artesano, carpintero, albañil y armador.
Creo en vos....
constructor del pensamiento, de la música y el viento de la paz y del amor "

Yo me reía alegremente de la hazaña de Soledad, de haberle enseñado tanto verso a Juancito.

De pronto volvió a aparecer el niño que vendía chocolatadas. Gritaba monótonamente: "Chocolotada, chocolatada, para una Argentina explotada".

"Chicos"-dije- "No tenemos pan, pero vamos a compartir una chocolatada aquí mismo, en el parque..."
Le pedí tres chocolatadas al niño trabajador.

Tomás gritó: "¡Allí regresa la abuela Soledad Papito!".

Le dije al niño del triciclo: "Dame cuatro chocolatadas".

PARA MIS HIJOS

Hijos, tienen diez años ya
una madre en el sur
y un padre en el norte,
un pasado de sal
y un futuro de hombre.
Hijos, miren bien el norte
y miren bien el sur
y no pierdan de vista los costados,
todos quieren cubrirles los horrores
porque temen mirar con el calzón quitado.
Es necesario golpear el cielo con la mano
y que Dios nos escuche,
recordarle que ya estamos cansados,
que el cielo es de cohetes computados
y que es hora que el sol nos disuelva las nubes.
Pero la ayuda de Dios al hombre es una sola:
otro hombre con bolas
o quizá una mujer con alma y vida.
Dios no escucha las plegarias implorantes,
Dios es el camino de la verdad herida.
Dios es sólo para los que pueden estar solos,
Dios es para los fuertes,

Dios crucifica a sus amigos más cercanos,
aquellos que saben que de todos son hermanos
y que la vida vale como la propia muerte.

COMO EL VIENTO

Me siento como el viento
no sé a dónde voy
pero quiero saltar
y tocar el techo con las manos
y lo hago
y no me diagnostico
y corro en la mañana soleada
y saludo a los niños
y pienso (sin llorar) en mis hijos.
Observo, caminando ahora,
el brillo de las hojas más altas
en estos árboles
todavía llenos del otoño
y pienso en escribir esto.
Está el sentimiento de libertad
después de tanto tiempo
otra vez sin nada,
sin ser dueño de nada,
sin el horrible peso de la propiedad.
¡ Gracias señor Juez!
Ahora puedo, como el viento, ir y venir
parecerme un poco a los gitanos

dormir en la casa de un amigo lejano
y alquilar departamento por un mes
y luego reiniciar el viaje
viaje sin comienzo ni fin
viaje movimiento... como el viento.

SILENCIO Y CALMA

Después de largo rato de silencio
en mi sillón duro de cedro
no sólo está más calmo el pensamiento,
también parece que Mauricio hubiera muerto .
Se oye un zumbido de máquina lejana.
Por la jungla interior largamente ha llovido,
el pasado ha cesado con su hojarasca pálida
y aunque queden recuerdos, trascendí hasta el olvido.
Uno es como una calma estatua
esperando sonriente a ser esculpido por la vida
a perderse en el presente y en el agua
y volverse poco a poco como la arena tibia.

M A Ñ A N A

El día trae territorios encendidos
antes del horizonte.
El fuego confundirá la noche
creeremos que el sol se ha caído.

Lumbre en la Corte de Justicia
en el cuartel y en la catedral.
Obscuras las casas transparentes
Rubíes en los ojos del mal.
El mal y el sol desparramados en la noche
batientes los tambores del dolor
esquirlas de gritos y vidrios
centelleantes cerezas de sangre-girasol.
El alba llegará, el sol despertará
y arrancará sus raíces de las playas vacías
se elevará al espacio completo como el mal
y será el calor de la humanidad confundida.
El alma del sol nos guiará a compartir,
a dar sin pedir, a llorar sin vergüenza
y gritar como un látigo:
¡ Basta ya !
El horror no puede ser perpetuo mañana
¿acaso el mar mismo no viene y va?
El puñal no penetra más que hasta el mango.
En la mañana el amor no mentirá.

CON MIS PADRES

Sentí una gran alegría al retornar al hogar de mis padres. Habían pasado cuatro años y las mismas cosas no son las mismas cosas. Las personas son barridas por el tiempo. La casa, que siempre me pareció cálida, ahora se me hacía insoportablemente fría, acostumbrado quizá al aire acondicionado de los Estados Unidos.

Mi padre, que yo recordaba como un titán trabajador, alegre, dinámico, de movimientos rápidos, de chistes oportunos y sabios, había encanecido. Costaba creer que sus cabellos renegridos hubieran cambiado de color súbitamente.

Para el viajero que regresa después de mucho tiempo, todo lo que ocurrió lentamente se vuelve súbito. Sus movimientos eran más lentos y había un ligero temblor en sus manos. Por suerte seguía muy lúcido.

Mi madre, con quien nunca yo había querido salir a la calle siendo niño porque me embarazaban los piropos y halagos que los hombres le hacían, mostraba más arrugas y su cabello ya no era tampoco renegrido.

Traté de explicarles lo que había pasado, pero, como con todos y en todos lados, nadie quería entender lo que era la esquizofrenia.

Después de hacerles un resumen de lo que el Dr. Gutiérrez me había dicho, mi padre me dijo así:

"Hijo mío, vos sos médico y vos sabés lo que es la mente unida y lo que es la mente dividida. Yo no sé qué es la mente. A mi desde chico me enseñaron a ser decente y honesto y a eso mis padres le llamaban 'ser bueno'.

Yo creo que Linda puede tener un problema psicológico. Pero mucha gente tiene problemas psicológicos y no dejan de ser decentes y honestos. Linda dejó de ser decente y honesta. Entonces, hijo, en pocas palabras; hay esquizofrénicos buenos y esquizofrénicos malos. Linda es simplemente una esquizofrénica mala".

Mi madre estuvo de acuerdo: "Yo no sé si ella es esquizofrénica. Solo sé que es mala. No me extrañaría que hubiera fingido ser esquizofrénica nada más que para humillarte".

Quedamos todos en silencio. Obviamente era muy difícil hacerles comprender a mis padres y mis amigos (y mucho menos a mis hijos) la naturaleza íntima de la tragedia.
Es siempre más fácil culpar a alguien, que comprender. Es más fácil decir que no existe un problema, antes que afrontarlo.

Parecía muy trillado, pero la familia de Linda me culpaba a mí y mi familia culpaba a Linda. Así era todo más fácil.
Una vez que uno encuentra "al malo" hay que librarse de él.
Inventamos enemigos para sentirnos héroes.

Le pregunté a mi padre: "¿Cuál es el mal de la mala?
¿ Y de quien es el mal de la mala ?".

Me dijo: "No me salgas con filosofía. Linda es una mala mujer y se acabó".

Mi madre confirmó rotundamente: "Es muy mala y se acabó".

Al día siguiente, mientras me afeitaba frente al espejo me dije: "Bueno, Cachito, en este asunto está visto que estás solo". El médico te informa, los padres condenan, los hijos están confundidos, Linda está ajena a todo y aún ajena a sí misma, los amigos quieren cambiar de tema y hasta te eluden, uno elude a los amigos por embarazo o por cansancio".

Mirándome a los ojos me dije: "Estás solo Cachito y lo mejor que puedes hacer es dejar de intentar entender".
Ese día decidí dejarme crecer la barba, algo que siempre había querido hacer, pero que no había hecho, para complacer a los amigos, a los padres, a Linda, a los hijos y a los colegas. Ese fue el día que comprendí que en la

adversidad uno está solo. Ese día fue la última vez que me rasuré la barba.

A MI PADRE

Padre mío, pirata sin tesoros,
capitán de naves sumergidas
pásame tu bandera
yo sé que se le ha perdido el lienzo,
yo sé que su mástil se ha quebrado
pero aunque sea un pedacito de su madera
lo encerraré en el puño
y haré mi vida también bella
también naufragio sin tesoros,
también batalla sin bandera.
Si lo que importa es sólo la manera
de atravesar el mar embravecido,
¡qué importa el color de la cubierta,
del bauprés, del remo y de la vela!
Desde las entrañas del anticristo
(las organizaciones que impiden el amor)
desde aquí, padre, te recuerdo y te digo
que no traicionaré mi antigua elección,
que andaré limpio y recto
y pagaré los precios que me pidan o sean
y entregaré mi sueldo
para ayudar a que los hombres vean.

EMPEZANDO A COMPRENDER

Caminé mucho por la calle Córdoba (la peatonal de Rosario). Miraba a las muchachas más con desesperación que con deseo. Cada vez que veía una bella joven me parecía que había desperdiciado diez años buenos de mi vida. Caminaba por la costanera de Rosario y revisaba mi vida que me parecía perdida.

El retorno a la Argentina me sirvió para empezar a comprender. Me había dado cuenta que estaba *solo* y que no debía tratar de *hacer entender* a nadie lo que yo consideraba la tragedia de mi vida.

Pero la comprensión fundamental que había comenzado a hacerse carne en mí y que no me gustaba nada, era que ni yo mismo tenía que esforzarme por *entender*.

Una tarde estaba comenzando a disfrutar un café expreso en la cafetería ubicada en la esquina de Córdoba y Corrientes, cuando vi entrar a Luis González, un viejo amigo con quien habíamos estudiado medicina juntos.

Fue una larga conversación la que tuvimos los dos, alegres por el reencuentro. Hablamos de la situación del médico y cómo se había degradado su posición en la sociedad en sólo doscientos años de "revolución industrial": primero apóstol, luego profesional y ahora

empleado de las compañías de seguro que pagan los honorarios con un año de atraso (cuando los pagan).

Me contó varias historias de horror, que nunca faltan en la profesión médica y yo resistí la tentación de hablar de mí y de mi familia.

"¿Te acuerdas de Ana?" -me preguntó-

"¡Claro! Ana era hermosa y brillante. Creo que estaba interesada en ti, Luis".

"Fuimos novios durante más de dos años, Cacho".

Le pregunté por fin qué había sido de su noviazgo con Ana, una colega que había hecho su residencia de pediatra conmigo. Luis me aclaró que no sólo Ana había roto el noviazgo, sino que además había abandonado la medicina.

"Vive sola cerca de Esperanza y lleva una vida muy austera y muy simple. Ni siquiera mira televisión. Parece siempre muy contenta, muy calma".

"¿Y de qué vive?".

"Si no es del viento, debe de ser alguna pequeña herencia de sus padres o algo así ".

Cuando me despedí de Luis no lo hice sin pedirle la dirección de Ana, a quien decidí visitar lo más pronto posible. No puedo negar que un rinconcito de mí soñaba con encontrar en Ana a esa mujer que mi alma había perdido.

Llegué a la casita de campo en taxi. El ómnibus me había dejado en Esperanza, una ciudad de hombres de campo, aunque parezca absurdo. Crucé la plaza, a eso de las tres de la tarde y había algunos muchachos conversando, sentados muy tranquilos en el césped mientras tomaban mate. Esa es una escena que no he visto en ninguna otra plaza del mundo.

Ana me abrazó apenas me abrió la puerta de su casita. Sonreía contenta, pero no dijo una sola palabra. Nos sentamos en el pequeño comedor mientras tomábamos un café. El sol venía suave desde las paredes y más intensamente, por la ventana abierta.

Le pregunté las razones por las que había abandonado la práctica de la pediatría, pero solo se quedaba seria y en silencio. Ante mi insistencia, de pronto repetía de vez en cuando: "La dejé nomás. Aquí estamos para dejar todo".

Le insinué que podría estar deprimida, pero me dijo que nunca había dormido tan pacíficamente y que nunca antes había gozado tanto de la vida.

Me preguntó por mí y le dije que para mí la vida había cambiado de naturaleza radicalmente y que nada de lo que sabía me servía para sentir gozo alguno.

"El gozo viene desde lo desconocido, Cacho".
Parecía tan extraña y tan diferente a aquella Ana que yo había conocido: analítica, dinámica, sarcástica y fustigante, pero más parlanchina.

Ignoré sus palabras y continué con mi propia historia. Le hablé de la esquizofrenia, del abandono de los niños, de la tristeza de ellos, del asombro paralizante de los familiares y amigos. Quise entrar en detalles: "Linda dijo que regresaría pero..."

Ana interrumpió abruptamente: "Cacho, ahora me vas a dar un largo y amargo detalle de tu desventurada relación con esa mujer. Para mí y para cualquiera sería muy aburrido y para vos sería una tortura en la que parece que te regodearas. ¿No estás cansado ya de repetir lo mismo?"

Prosiguió aprovechando mi sorpresa tensa:

"¿Te das cuenta cómo sobrevaloramos las palabras? No me cuentas lo que pasó, sino lo que ella dijo, como si las palabras fueran más importantes que los hechos. ¿Nunca te preguntaste si la palabra 'yo' viene para describir un hecho real o es que se da origen a si misma?".

Le dije que no entendía la pregunta y que no había venido a filosofar con ella, sino a sostener una conversación amigable.

Me dijo: "Cacho, no vas a tener otra conversación más amigable que esta por mucho tiempo. Nadie te ha dicho ni te dirá algo tan simple y tan importante. Nosotros empezamos a decir 'yo' después de dos años de escuchar la palabra constantemente. La palabra 'yo' que usan tan frecuentemente los que rodean al niño, termina por ser usada por el niño. Lo que nunca nos preguntamos es, si esa palabra no es más que una artimaña funcional del lenguaje, pero que la mayor parte del tiempo no sirve para nada. Esa palabra 'yo' nos hace sentir miserables, siempre buscando que se transforme en otra cosa, porque la inteligencia no acepta su existencia.

Vos crees que Linda te dejó solo y decís 'yo quedé solo'. ¿Nunca te diste cuenta de tu existencia todavía? Esa existencia no es tu 'yo'. Esa existencia ***es*** la soledad. Es tonto querer escapar de la soledad o decir 'yo quedé solo'. ¡Es que nunca hubo otra cosa que la soledad Cacho! ¿No te das cuenta solo ?".

Le dije enojado y abruptamente: "¡Estás diciendo que nunca me relacioné con Linda!"

Ana sonrió, pero no de una manera sarcástica, sino como había sonreído una vez mi madre cuando me sorprendió robándole unas galletitas dulces de Dinamarca que se suponía eran solamente para las visitas.

"No Cacho... estoy diciendo que nunca hubo nada más que soledad. Nunca tuviste una relación con nadie, como no la tuve yo y como no la tiene casi nadie. La mayor parte de los seres humanos dice 'yo me relacioné con X' y ven a la relación como una posesión o bien como algo o alguien a quien uno pertenece. Lo triste es darse cuenta que no hay quien posea ni quien pertenezca.

Cuando uno ve ese inmenso vacío, uno lo llena con la palabra 'yo' y el resto del lenguaje que da vueltas alrededor de esa palabra 'yo'.

¿Pero te has preguntado qué pasa si te quedas en ese vacío tan real pero tan temido, y por temido, negado?".

Le pregunté: " ¿Quien se queda en ese vacío? Parece que no soy 'yo' porque ese 'yo' no existe de acuerdo a lo que dices".

Me dijo con gran intensidad: "Ese 'yo' que no existe es el vacío. De pronto te das cuenta de eso y entonces entra tu cuerpo al espacio. Entonces sentís el peso del cuerpo y escuchás todos los sonidos que hay en el silencio al mismo tiempo, el espacio que rodea a tus pies se llena

con tus pies. Entonces comienzas a vivir de verdad. Ese espacio vacío, ocupado por tu cuerpo, que se siente totalmente a sí mismo, puede comenzar a relacionarse y a sentir.

Al comienzo se siente el peso, se escucha el sonido, se ve el color en movimiento y pronto se hará carne la compasión inteligente por ese cuerpo que siente y por todo lo que lo rodea, desde aquí hasta las estrellas".

"Hablas como una poetisa, Ana".

"No, Cacho, no es poesía ni filosofía. Te estoy hablando de la vida que descubrí cuando dejé de sobrevalorar todo lo que había aprendido. En realidad uno recuerda lo aprendido Mauricio, pero pierde relevancia frente a lo que uno va aprendiendo, que es la vida verdadera.

Hemos dejado de hacernos las preguntas inteligentes que nos hacíamos en la adolescencia, antes de organizar nuestros prejuicios y de atraparnos a veces para siempre en responsabilidades insignificantes.

¿Por qué aceptar vivir una vida sin significado e intentar convivir con los muertos en vida? ¿Por qué deslizarse en el féretro de los imperturbables, los que deciden no escuchar más, no mirar más, por miedo al miedo y al dolor? ¿Por qué no decidirse a vivir y morir como un perro solitario y sarnoso, antes que continuar con la

mueca pretenciosa e hipócrita de que uno es un ser humano, de que uno está en compañía y de que uno es sano e íntegro? ¿Por qué no ver el odio inmenso que nos separa y que también nos une, en vez de ensuciar con nuestro estilo de vida la palabra amor? ¿Por qué no herir el grito servil de los secuaces de los 'buitres humanos' con el lúcido silencio de la soledad del 'peregrino'? ¿Por qué no compartir ese silencio en la comunión de los pocos que quieren ser libres y trascender el egoísmo? ¿Por qué no ver que el silencio absoluto es el silencio absuelto del propio pasado (nuestros recuerdos, imágenes, ideas o planes) y que ese silencio nada tiene que ver con ningún concepto absolutista y con ninguna técnica terapéutica, religiosa o psicológica?".

"Y entonces... en ese vacío ocupado por el cuerpo… ¿cómo vive uno?" -Pregunté-

Ella se puso de pie con vehemencia: "Lo que hay que preguntarse es cómo vive uno sin darse cuenta del vacío que ocupa tu cuerpo. Sin darse cuenta uno vive buscando dinero, respetabilidad y placer. Quizá busques compañía para ocultar el vacío, pero entonces no le llames relación".

"Entonces ya no buscás más nada". -Le dije-

Por un momento hablé el idioma argentino.

"Nada, Cacho, nada. Vivís cada hora como si fuera la última hora de tu vida; en calma, en paz, deleitosamente".

"¿Y cómo te ganás la vida?".

"Como siempre lo has hecho, o de otra manera, pero dándote cuenta de ese vacío llenado por ti y cada hora es contemplada como la hora final, olvidado del tiempo".

"Caramba, pero entonces no tendría tiempo para hablar con mis hijos y decirles todo lo que he aprendido, incluyendo esto que decís".

"Dejálos que aprendan de tu silencio, ya no les digas tantas cosas..."

"Quizá les diría que de vez en cuando no hagan absolutamente nada, pero nada de nada, ni siquiera pensar".

"Quizá, pero no lo sabés ahora mismo Mauricio, porque ésta es tu última hora".

"¿Y tú vives así?".

"Por supuesto, hasta la última hora".

T R A N S C U R S O

El árbol del paraíso enredaba mi mirada de niño
y la ataba al cielo azul de San Cristóbal,
luego, yo dibujaba en el polvo
intentando reproducir la nada azul y luminosa.
Más tarde las maestras me hicieron dibujar mariposas
y me prohibían correr en los recreos.
¿Por eso nunca más dejé de correr sin parar
hasta que llegué a un consultorio médico que resultó
siendo mío?
Muchachas, esposas, padres, playas, hijos, amigos,
todo lo bello se fue yendo de pronto de la vida
y después de dar vueltas por el mundo,
volví a mirar el cielo desde otro hemisferio.
Y ahora, de nuevo con la nada que lo es todo
ya no pretendo transportarlos hasta el polvo
uno queda en silencio cuando puede
y se va transformando en algo ignoto.

P I S T I S

A ti Dios que viajas en secreto
te hablo como peregrino del desierto
como conspirador de tus respuestas
en las angustias sutiles del silencio.
Yo soñé con la acción de los rencores
y el almíbar del triunfo en los balcones

me costó comprender entre dolores
tanta patraña que forjé en mis sueños.
Me puse preso en la idea de Absoluto
me liberé en la cárcel de los hombres
nunca entendí más ley que el mismo absurdo
y nunca fui más rico que cuando me hice pobre.
¡Qué dulce olvido de la mujer amada
que rompió el eslabón con lo ilusorio!
Amé mucho más que su ternura máscara
su más sincero y más profundo odio.
Y los amigos a quienes confié tanto
y se volvieron tan pronto sospechosos
me hicieron ver la condición humana
y las condiciones en que estamos todos.
¡ Cuánto aprendí en la mentira de la escuela!
¡Y en la verdad sin nombre de la vida,
la vida descarnada calavera
desmejorada con nuestra cosmética!
Ay Dios querido que vives en silencio
permíteme amar la calavera
déjame entender tus designios secretos
detrás del miedo, la rabia y la tristeza...
Permíteme creer en tu promesa,
en una materia resurrecta y salva,
en un encuentro del cuerpo y la cabeza...
en el amor del alma.

VIVIENDO

No suspenderé mis preguntas
pero dejaré que contesten los ruidos de la noche:
los grillos, los perros lejanos,
los murmullos de algún televisor
tras los ecos vacíos de mis pasos
en la vereda del verano californiano.
No suspenderé mi búsqueda
pero dejaré que me encuentren
los caminos interminables,
las ciudades extrañas y desoladas,
los amigos de los oasis
y los besos de la mujer amada.
No suspenderé mis intentos
de acercarme a Cristo a mi manera,
pero me quedaré muy quieto
mirando mis alegrías y mis penas
esas testigos ajenas a la realidad
penetrante, mirando
aún dentro de las propias venas.

MI EPITAFIO

¿A dónde me llevará el viento del camino?
Uno siempre se hace la pregunta falsa.
Es necesario ser el viento mismo
que responde con su ímpetu y su gracia

No lo enredan las hojas ni las ramas,
no lo carga el aroma de la rosa
ni lo hiere su espina.
No lo paran ni Andes ni Himalayas
y renacen en él las palabras divinas.
El viento abraza todo y se queda con nada.
En su silencio lleva música y rugidos
su belleza no se describe con palabras
ni es tampoco para el ojo o el oído.
El viento olvidó el momento de su nacimiento
y le importa muy poco de su muerte,
lo único que quiere ser es movimiento
y por eso es tan fuerte.

FIN (y comienza la vida)

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

- La Psicología Holokinética (El único paradigma científico en psicología)
- Psicología del Siglo XXI
- Psicología Cristiana
- Lo Profundo de la Mente
- La Mente y la Realidad Indivisa
- La Completa Encarnación
- El Libro de Éfeso
- La Mente También es Percepción Unitaria (Incluye: La Pasión por el Silencio)
- Jesús del Desierto y Sermón del Desierto.
- De la Prehistoria a la Atemporalidad
- Mis Diálogos con Jiddu Krishnamurti
- Mis Encuentros con David Bohm
- La Adolescente Enterrada -Novela .
- Charity Collins-Esclava - Novela Psicohistórica
- Aristandro. El mejor de los Varones - Novela Psicohistórica.
- Proyecto Ícaro UNO -Novela
- El Niño y el Viejo

Visite el portal:
www.holokinesislibros.com
www.percepcionunitaria.org

HOLOKINESIS
· LIBROS ·